
SS
SERVICIO
SECRETO
JACK GREY
EL F.B.I. EN
LA CARCEL

JACK GREY

EL F. B. I. EN LA CÁRCEL

1ª EDICIÓN
MARZO – 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

2. — Entre tinieblas. 5. — El hotel de los crímenes. 11. — La hiena blanca. 17. — El monstruo. 25. — Rechazados por la muerte. 47. — El soplo de la muerte. 49. — Una pista difícil. 58. — El encapuchado gris. 63. — La maraña sangrienta. 70. — Chantaje trágico. 78. — Guerra en la jungla.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 . Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

UN MUCHACHO ENVIDIOSO

—¿Dónde está ese gandul? —preguntó Curt Batterby, casi a voces, mientras cruzaba el pasillo siguiendo a la criada que le abriera la puerta.

Sally McLanghin, linda muchacha de espléndida figura, cabellos castaños, ojos, obscuros y labios tentadores, apareció en una de las puertas y sonrió feliz al recién llegado.

—Hola, Curt. ¡Siempre tan escandaloso!

Le tendió ambas manos que besó con simpática glotonería.

—¡Cuándo irás a tener juicio!

—¡Si juicio me sobra! Lo que me ocurre es que lo pierdo cuando te tengo delante.

—¡Tonto!

La vieja criada, rezongando, desapareció, y la pareja entró en una salita coquetona.

—Apuesto a que tu hermano está durmiendo —afirmó Batterby.

—Se echó un rato después de comer, pero ya le he oído removerse.

—Anda, dale prisa. Hemos de asistir a la conferencia del doctor Frederic Hogson.

—Mucho. Hogson es una autoridad indiscutible en temas de radioactividad.

—¿Y qué os importa la radioactividad a vosotros?

—Querida Sally, dadas las actuales circunstancias, eso le interesa a todo el mundo.

—Menos a mí.

—Porque tú tienes bastante con ser guapa y con quererme tanto como yo te quiero.

Protestó la joven, mimosa. Luego, cambiando de tono, dijo:

—Cada día me tenéis más sobre ascuas mi hermano y tú. ¡Lleváis una vida tan rara, tan misteriosa!

Rió alegremente Curt e insistió ella:

—No te burles. Ambos erais muchachos sencillos, sin complicaciones, y de algún tiempo a esta parte habéis cambiado aunque os esforzáis en conseguir que no se advierta. Y tengo miedo, no sé a qué, pero lo tengo.

—¡Vamos, vamos, criatura!

Colocó la muchacha ambas manos sobre el pecho de su prometido e inquirió ansiosa, mirándole a los ojos:

—¿Cuáles son vuestras actividades, Curt?

—¿Nuestras actividades? Pues… las propias de dos hombrecitos fuertes, simpáticos, con una renta decente y unas ganas enormes de gozar la vida. Jugamos un poco, bebemos otro poco, enamoramos a las chicas guapas.

—¡A ver si te araño!

—No tengas celos, monada. Para mí no hay otra mujer sino tú.

Quiso llevar el diálogo por el sendero de la broma y el amor, pero Sally, aunque le secundó en principio, tornó pronto al tema que le preocupaba. Sentía por Denny, su hermano, una ternura sin límites. Aunque éste había cumplido ya veintiocho años y ella sólo rozaba los veintidós, considerábase, desde que quedaron huérfanos, como una madrecita de aquel muchacho voluntarioso y de ingenua apariencia.

No exageró al decir que la vida de Denny había sido diáfana, vulgar, hasta que, juntamente con Batterby, regresó de un prolongado «viaje de negocios». Ignoraba que tanto uno como otro no habían pasado de Quántico y que las contadas cartas que recibió desde distintos puntos, fueron reexpedidas por amigos de los muchachos, a fin de que ella no supiese el verdadero lugar en que encontrábanse.

A partir del día de su regreso todo cambió: salidas misteriosas, ausencias largas, aficiones no conocidas nunca en ellos…

En su fuero interno culpaba a Batterby de la transformación operada en Denny. No le cabía duda de que el temperamento activo e inquieto del primero había influido en el segundo hasta sacarlo de sus plácidas costumbres. Pero nunca se atrevía a exponer tal

creencia por miedo a disgustar a cualquiera de los dos.

Denny McLanghin entró bostezando.

—¿Qué hay, Curt? Te he oído.

—¡Vaya siesta larga la tuya!

—La duermo siempre que puedo, como sabes. Por otra parte, anoche tardé en pegar los ojos y hoy me acosté con más sueño que nunca. Bueno, decíos las últimas tonterías de cariño y vámonos.

—Sal tú primero. Me da vergüenza besar a tu hermana delante de tus narices.

Obedeció Denny, protestando. Sally brindó los labios a Curt, recomendándole:

—¡Cuida de él!

Ya en la calle, los dos camaradas, agentes del
F. B. I.,
abordaron el asunto que les interesaba.

—¿Crees, sinceramente, que la conferencia merecerá, la pena de que nos molestemos? —quiso saber Batterby.

El interrogado se encogió de hombros y repuso desabrido:

—¿Cómo quieres que lo sepa? Frederic Hogson es una eminencia y dirá cosas importantes; pero más que él y su charla me preocupan algunos de los tipos con quienes le he visto a veces. Puede que sean suspicacias mías, como sueles llamar a casi todo lo que se me ocurre. Lo mejor fuera que no me acompañaras. No sé por qué te hablé de este asunto anoche.

Curt limitóse a sonreír. Estaba ya hecho a las rarezas de aquel joven a quien conocía bien y por el que, a pesar de todo, sentía hondo cariño.

Denny era un gran envidioso. Estimaba a su futuro cuñado, más por encima de tal estimación elevábase la sorda rabia que le producían los triunfos de éste, triunfos que le habían proporcionado grandes elogios por parte, incluso, del director del
F. B. I.
Él, en cambio, no había podido llevar a cabo nada notable y le consumía el anhelo de éxitos que anulasen los de su amigo, con el cual mostrábase casi siempre reservado y hostil.

—Sabes, muchacho —repuso Batterby tras ligera pausa—, que tengo mucho gusto en ir contigo.

Denny se mordió los labios.

Cerca ya del Ateneo Científico, propuso McLanghin:

—Será mejor que entremos separadamente, aparentando no conocernos.

—Tú mandas.

—¿Te parece mal la idea?

—La encuentro acertada, hombre.

Bromeó al hacer la protesta. Denny forzó una sonrisa y adelantó el paso, no tardando en internarse en el edificio donde iba a tener lugar la disertación de Frederic Hogson. Curt encendió un cigarrillo cachazudamente y lo consumió antes de seguir a su camarada.

El salón de actos del Ateneo presentaba un aspecto interesante. Sesudos varones, hombres de ciencia en su mayoría, periodistas, fotógrafos, políticos…

La conferencia no había empezado aún, cuando Batterby hizo su entrada, no tardando en descubrir a Denny el cual miró hacia otra parte. Le imitó él y comenzó a deambular de un sitio a otro.

McLanghin no había pasado tan inadvertido como hubiera deseado. Uno de los asistentes, llamado Marcus Daggett, le divisó pronto y hubo de violentarse para disimular el efecto que le hizo, sobre todo al descubrir que el muchacho le observaba con atención, desviando la vista apenas hubieron cruzado sus miradas.

Con disimulo, Marcus se dirigió hacia donde se hallaba Neil Kasner, hombre pecoso, fuerte, cuyas pupilas, de un azul claro, producían malestar.

—Está ahí ese tipo —dijo Marcus en voz baja—. Ya no me cabe duda de que sospecha de mí. Son muchas las veces que le llevo visto en poco tiempo. Ahora parecía comerme con los ojos.

Neil Kasner expresóse con acento autoritario:

—¿Y no se le ha ocurrido a usted nada mejor que hablar aquí conmigo?

—Lo he creído conveniente. Además… No nos ve ahora.

—Si tan peligroso cree al sujeto en cuestión, aproveche la primera oportunidad para liquidarle. Pero haga las cosas bien. Ya sabe que el jefe no tolera errores ni ligerezas. Retírese. Alguien nos mira. Fíjese en aquel hombre.

Indicó con un gesto casi imperceptible a Curt, el cual, observándolo todo como de costumbre, había parado mientes en los dos tipos.

—Nos veremos esta noche en «Queensboro Bridge» —añadió Kasner.

Marcus siguió adelante con naturalidad. Poco después, Denny volvía a espiarle. Curt reparó otra vez en él, guiándose por las miradas de su compañero.

Nunca le había hablado de tal persona, pero el hecho no le produjo sorpresa. Díjose que, probablemente, aquello constituía una demostración más de lo reservado que era.

El acto dio principio. En el estrado aparecieron, entre otros, el conferenciante, doctor Frederic Hogson y el también doctor Allan Shanon. El primero era un anciano de aspecto respetable, blanca barba, cabellos ondulados, del mismo color y ojos azules; el segundo no inspiraba, por lo menos a primera vista, el respeto de su colega: alto, huesudo, miope, de roja nariz y labio inferior colgante, parecía la genuina representación del borracho empedernido. Sin embargo, cuando empezó a hablar, presentando a Hogson, dio la impresión de que se metamorfoseaba: su verbo era cálido, fácil; su cerebro, un pozo de sabiduría.

Hogson, tras agradecer a su compañero los elogios que le tributara entró de lleno en la materia. Fue su charla un modelo de divulgación científica. Duró cerca de dos horas. Era ya noche cuando dio fin a la misma.

Los aplausos y felicitaciones fueron tan merecidos como abundantes.

Poco a poco el salón se quedó vacío. Uno de los primeros en salir fue Marcus Daggett. Lo hizo con aparente tranquilidad, sin mirar a derecha ni izquierda, como si no conociese a nadie ni le importara la gente que había a su alrededor. No tardó en darse cuenta de que Denny le seguía. En cambio, éste no advirtió que Batterby iba tras sus pasos a relativa distancia.

Daggett caminaba a pie, sin prisas. Al llegar a Riverwiew se perdió de vista. Denny se desorientó y maldijo su suerte. Renunciando ya a las precauciones, trató de encontrar a su «hombre».

La noche, no muy avanzada, era obscura y desapacible.

McLanghin escudriñaba las callejas que iba dejando atrás. De una de éstas, cuando ya el muchacho había, pasado, surgió Marcus como un fantasma. Sus pies parecían no tocar el suelo. El joven

tuvo la sensación exacta del peligro que corría y se volvió con rapidez. Sólo pudo conseguir que el puñal que iba a hundírsele en la espalda se le clavase en el pecho. No tuvo tiempo ni para defenderse, dada la rapidez de la agresión. Lanzó un grito ronco y se desplomó pesadamente. El asesino tornó a apuñalarle para asegurarse aún más. Oyó pisadas y corrió hasta perderse en las sombras.

Era Batterby quién llegaba. La distancia y la obscuridad habíanle impedido presenciar el crimen, pero el grito de McLanghin le taladró los oídos, estremeciéndole el corazón.

Tardó varios minutos en tropezar con el caído cuerpo.

Una interjección terrible se escapó de su garganta. Inclinóse sobre el joven y le llamó con lágrimas en el acento.

El herido se agitó oyéndole y abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Dime lo que sepas de ese criminal! —pidió Curt, anhelante, mientras se apresuraba a contener la hemorragia del infeliz.

Denny quiso hablar, y lo consiguió tras enorme esfuerzo:

—Se llama Marcus Daggett… Vive en la calle Ciento cincuenta y tres… junto a Trinity Cemetery…

Le tenía fichado… como presunto espía… pero no quise comunicártelo, porque…

Perdió el sentido.

Batterby rechinó los dientes. Tuvo que clavarse las uñas en las palmas de las manos para contener su impulso de lanzarse enseguida en persecución del asesino. Comprendió que ante todo debía preocuparse del pobre muchacho cuya vida se escapaba.

Acudieron algunos transeúntes. Curt, tomando en sus hercúleos brazos a Denny, imploró a los que se acercaban:

—¡Un coche, por favor!

Apresuráronse a complacerle. Depositó en el interior del vehículo el ensangrentado cuerpo y se sentó al lado, pidiendo que les condujesen a la Casa de Socorro más próxima. Tardaron poco en llegar. El médico de guardia torció el gesto al ver el estado de aquel hombre. Curt, sin identificarse, dijo:

—Acaban de herir en la calle a este amigo mío. Haga cuanto pueda hacerse en su obsequio.

Mientras dos enfermeros se hacían cargo del herido, trasladándole a la mesa de operaciones y desnudándole el torso,

preguntó el médico un tanto mordaz:

—Supongo no tendrá inconveniente en que avisemos a la Policía.

—Claro que no. Lo único que me importa es que se salve.

Reflexionó unos momentos, llegando a la conclusión de que ni sería fácil mantener oculta la personalidad de su compañero ni le interesaba a él que la policía le molestara y rectificó, añadiendo:

—Escuche, doctor, este muchacho, cuyo nombre es Denny McLanghin, pertenece al «Federal Bureau of Investigation». Considero preferible avisar a este organismo.

El aplomo del joven tranquilizó al médico, quien en principio temió habérselas con el agresor.

Suavizó el tono al replicar:

—No tengo inconveniente en que se haga así.

Dio instrucciones en tal sentido a un empleado del benéfico establecimiento mientras él se inclinaba sobre Denny, dispuesto a intervenir.

Le bastó un ligero examen para comprobar que se trataba de un caso gravísimo. Batterby que estudiaba ansiosamente el rostro del facultativo, descubrió la verdad, sintiendo que una oleada de angustia lo ahogaba.

Mientras un auxiliar inyectaba a Denny con el propósito de reanimarle el corazón, el médico retiróse un poco e hizo señas a Curt.

—¿Sabe si tiene familia ese muchacho?

—Sí, señor; una hermana.

—Convendría avisarla inmediatamente.

—¿Es que… no tiene salvación?

—Dudo que la tenga.

Tragó Batterby difícilmente la saliva.

—La llamaré yo mismo por teléfono. No quiero ni debo apartarme de aquí para ir a buscarla.

Un practicante le guió a la cabina desde donde había comunicado ya lo que sucedía a la delegación del
F. B. I.,
en Nueva York.

Oyó Curt la bien timbrada voz de Sally al otro extremo de la línea. Estremecióse pensando en el gran dolor que iba a producir a

la tan amadla criatura.

—Atiende, querida… Ha pasado algo muy fuerte…

Paliando la noticia, se la hizo conocer al fin, así como el lugar en que se encontraban. Percibió el grito desgarrador de la muchacha y las lágrimas que a éste siguieron. Procuró reanimarla, más dióse cuenta de que Sally había dejado caer el auricular.

Poco más tarde personóse en la Casa de Socorro un inspector del
F. B. I.,
el cual conocía y admiraba a Batterby, si bien, de acuerdo con la costumbre establecida entre ellos, hizo como si nunca hasta ahora le hubiera visto. Identificó a McLanghin y escuchó la versión del suceso.

Preguntó al facultativo:

—¿Permite el estado de este hombre que se le traslade a un sanatorio?

—En mi opinión, no. Se encuentra en período preagónico.

Anunciaron a Sally y Curt salió a recibirla. Advirtió en sus ojos, en medio del llanto, un ramalazo de odio.

—No me digas nada —pidió, ronca, la joven—. Llévame junto a mi hermano.

—¡Sally!

—Te pedí que cuidaras de él y…

—¿Imaginas que de haber podido evitar ésta, desgracia no lo hubiera hecho?

—¿Evitarla?… ¿No serás tú responsable de la misma por haber inducido a Denny a dónde no debía ir?

El joven retrocedió un paso y se echó hacia atrás cual si acabaran de golpearle en pleno rostro.

—Eres injusta, Sally —murmuró con tristeza—. No tomó en cuenta tus palabras porque comprendo que te trastorna el dolor.

La muchacha, sin oírle, avanzó hacia la entornada puerta que se abría al fondo. Quiso retenerla él, hacerle advertencias y recomendaciones, pero Sally se le adelantó, penetrando en la estancia.

Hubo de morder un pañuelo para ahogar el grito que brotó de su garganta viendo a Denny exánime. El inspector del
F. B. I.,
acudió a sostenerla. Curt había entrado también, pero se abstuvo de

acercarse.

—¿Puedo hablarle, doctor? —quiso saber la muchacha.

El interrogado hizo un gesto ambiguo.

—Dudo de que logre responderle. Por otra parte, si lo intenta puede sobrevenir una hemorragia final.

Sally, haciendo acopio de entereza, aproximóse despacio a la mesa de operaciones, limitándose a rozar con los labios la frente del moribundo quien, al conjuro de aquel beso, parpadeó débilmente y entreabrió los ojos.

—Hola… hermanita… —dijo casi con el aliento y haciendo una mueca que quiso ser sonrisa.

—Galla, no digas nada. El médico no quiere que hables.

—Es lo mismo… ¿Dónde está Curt?

Aproximóse éste y simuló una broma, a la par que se tragaba el llanto:

—Aquí estoy, perezoso. No te gusta más que estar acostado.

—Esta vez… para no levantarme…

Intervino el medio, tratando de cortar el diálogo, pero el herido rogó:

—Un momento… De todas las maneras… va a ser igual.

Y dirigiéndose a Batterby:

—Debes perdonarme… He sido siempre… un muchacho envidioso… No me hubiera ocurrido esto… de haberte comunicado lo que me proponía hacer…

Sally, oyendo a su hermano, dirigió una mirada implorante a Curt, quien simuló no advertirla.

Añadió Denny:

—Vela por Sally… Sólo le quedas tú.

—¿Quieres callarte, bobo? Te pondrás bien y alcanzarás cuánto desees.

Demasiado sabía que estaba mintiendo. El sello de la muerte marcábase ya en el rostro de su amigo.

A partir de aquella escena, nadie, empezando por el médico, consideró a Batterby sospechoso.

Dos horas más tarde, Denny exhaló su último suspiro sin haber ampliado la declaración que hizo en la calle a su camarada.

La amargura desbordada de Sally impresionó a todos los presentes.

CAPÍTULO II

CRIMEN ESPANTOSO

—¿Serás capaz de perdonarme? —preguntó Sally a su prometido.

—No se hable más de eso, muchacha —respondió éste—. Ahora lo que importa es que te serenes y demuestres fortaleza de espíritu. ¡Hay que hacer frente a la vida, por dura que sea!

Procuraba mostrarse amable, pero la joven advertía en su tono algo glacial que le hacía daño.

Estaban ya cubiertas todas las formalidades. Denny había recibido sepultura. La criada que había envejecido al servicio de los McLanghin tuvo para la muchacha maternales cuidados y se enfadó al oír las recomendaciones de Curt:

—¿Supone usted que necesito sus advertencias para tratarla como si fuera hija mía?

El joven sonrió, satisfecho. Sí, confiaba plenamente en aquella mujer.

—Bueno… —dijo a Sally—, creo que por ahora no tengo nada que hacer en esta casa.

Le miró con angustia.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, nada de particular!… Simplemente que transcurrirán algunos días antes de que nos veamos.

—¡Curtí…! ¿Es que me guardas rencor por mis imprudentes palabras?

—No digas tonterías.

—Entonces… ¿te refieres a tu juramento de venganza?

—No seas curiosona. Procura calmar tus nervios. Adiós.

La besó ligeramente en la mejilla y salió rápido.

—¡Mira lo que haces! ¡Piensa en que, como dijo mí, hermano, sólo me quedas tú!

Trasladóse Batterby a la jefatura del «Federal Burean», donde fue recibido inmediatamente por sus superiores jerárquicos, quienes le demostraron así una vez más, el elevado concepto en que le tenían. Informóles de lo que el desdichado Denny le dijera y pidió se le confiase el trabajo de aprisionar a Marcus Daggett.

—Procura cogerle vivo —fue la única recomendación que le hicieron—. Quizá logremos que se sienta parlanchín antes de que le tuesten en «la silla».

—Haré lo posible porque ocurra así.

Marcus iba confiándose a medida que transcurrían las jornadas sin que nadie demostrase interés alguno por él. Dio por seguro que su víctima no había despegado los labios. Como medida de precaución estuvo tres días sin aparecer por su domicilio ni asomarse, a los lugares que acostumbraba frecuentar. Ello no obstante, anduvo cerca de los mismos, vigilándolos. Al cabo de este tiempo resolvió personarse en su domicilio para lo cual esperó a que la noche empezara a caer.

El lugar era triste, sombrío, solitario casi siempre.

Entró valiéndose de su propia llave, si bien el ruido de la misma en la cerradura atrajo la atención de las personas que ocupaban la estancia. Eran estas James Daggett hombre envejecido más que viejo, paralítico desde hacía años, y Emily, mujer poco agraciada.

—Hola madre —murmuró Marcus al entrar.

—¿Ya has aparecido?

—Ya.

Sin hacer caso a la mirada ansiosa que el paralítico le dirigía en demanda de una frase afectuosa; apresuróse a inquirir:

—¿Ha venido alguien a buscarme durante estos días?

—No.

—¿Ni siquiera por teléfono han preguntado por mí?

—Ni siquiera por teléfono.

Esclareciése la faz del asesino.

—¿Nada tienes que decirme? —preguntó James.

—¿Qué quieres que te diga?

—Hombre… Después de varios días sin aparecer por aquí, no hubiera estado de más que me preguntases cómo me encuentro.

—¿Para qué, si siempre me respondes lo mismo?

—¡Es verdad!… —suspiró el padre—. De todos modos… ¡no sabes cuánto se agradece el interés que demuestran por uno las personas queridas!

—¡Bah!

Entró Marcus en sus habitaciones donde mudóse de ropa. Al volver junto a sus padres tenía ya sobre la mesa una substanciosa cena fría. Mientras rendíale honores, rociándola con cerveza, contestaba, aunque no muy extensamente, a las preguntas de Emily, la cual, daba pruebas de conocer mucho relacionado con la vida de su hijo. Dispúsose éste a marchar, no sin antes convencerse de que la pistola funcionaba bien. Colocóle, como de costumbre, el tubo silenciador y guardósela en la funda sobaquera. Tal examen no llamó la atención de sus progenitores, pues estaban habituados a verlo con frecuencia.

—¿Tardarás mucho en volver?

—¡Vaya pregunta! ¿Lo sé yo acaso?

Hizo una caricia brusca a su madre, condescendió a palmear el hombro del paralítico y se lanzó fuera.

Acompañóle hasta la puerta la voz de Emily, recomendándole:

—¡Ten cuidado, hijo!…

Caminó confiado. Todo contribuyó a persuadirle de que no tenía nada que temer.

De pronto, sin haber percibido el más leve rumor de pisadas, una voz sonó a sus espaldas:

—¡Alto! ¡Levante los brazos y no haga ningún otro movimiento sin que yo se lo ordene!

A Marcus se le heló la sangre. Ni por un momento ocurriósele que pudiera tratarse de un atracador. Su conciencia, siempre intranquila, le dijo que se hallaba ante un enemigo más peligroso de lo que pudiera serlo un delincuente vulgar.

Obedeció el mandato, pero apenas sintió el duro cañón de una pistola se jugó el todo por el todo. Lanzó una patada hacia atrás con fuerza extraordinaria y se inclinó al propio tiempo hasta tocar casi la tierra con la cara. Obtuvo un resultado satisfactorio al principio: su enemigo, perdida la estabilidad, se le cayó encima, y él, con un poderoso y estudiado movimiento, le despidió haciéndole rodar. Inmediatamente le acometió, pero ya el hombre de la pistola —Curt

Batterby, pues era él—, había reaccionado y le recibió aplicándole ambos pies al rostro y despidiéndole a distancia.

Marcus rebotó como una pelota, lanzando imprecaciones. La cara le chorreaba sangre y sus pupilas relucían feroces. Empuñó la automática que llevaba oculta e hizo fuego fracciones de segundos antes de que un disparo hecho por Curt le atravesara la mano.

La bala del malhechor rozó el muslo derecho del joven agente, trazándole un surco escarlata.

Daggett, viéndose herido y desarmado, arrojó con la mano un grueso pedrusco a su contrincante alcanzándole en el pecho y obligándole a tambalearse. Aprovechó aquel minuto para emprender la huida.

Batterby se repuso pronto y lanzóse en persecución del que huía.

—Era un espectáculo impresionante el de aquellas dos personas, convertidas en fieras, que corrían a través de la obscuridad dejando a su paso un reguero de líquido rojo. Batterby sentía en la pierna como una mordedura hecha con tenazas ardiendo, más no por eso aminoró su carrera. Guiábase por la huella de la sangre que marcaba el camino del criminal a quien no tardó en descubrir. Apretó el gatillo otra vez, apuntando bajo, y le atravesó una pierna. Marcus emitió un sonido inarticulado, pero no se detuvo.

—¡Párate o te tiro a la cabeza! —gritó Curt.

Respondió Marcus con una maldición y quiso acelerar la marcha. No le respondieron las fuerzas. Tropezó varias veces. Tornó a levantarse. El agente no cumplió la amenaza. Dióse cuenta de que aquel hombre era ya suyo y recordó la recomendación de cogerle vivo que se le hiciera.

Daggett no pudo incorporarse después de la última caída, más aguardó a su enemigo con todos los músculos en tensión y encogida la pierna izquierda para lanzarla como impelida por un muelle. Batterby, apreciando de una ojeada la actitud de éste, le atacó por uno de los flancos, saltando sobre él como un gato salvaje.

La nueva lucha cuerpo a cuerpo adquirió proporciones gigantescas. La desesperación aumentaba las fuerzas de Marcus; el ansia de acabar pronto hacía mayores las de Batterby. Se mezclaba la sangre de ambos. El asesino afanábase en alcanzar el cuello de su antagonista y lo consiguió unos momentos, apretando con ansia febril, si bien hubo de soltarlo enseguida, perdida la noción de las

cosas: Curt acababa de dejarle K. O., de un descomunal puñetazo a la sien.

Miró a su alrededor. Nadie. También su pistola llevaba silenciador y los disparos sordos no despertaron alarma en aquellas soledades.

Vendóse, utilizando un pañuelo, la superficial herida del muslo y quitando el cinturón a Daggett le ató las manos a la espalda. Le amordazó, finalmente. No quería exponerse a que se le escapara, mientras iba en busca del coche que había quedado relativamente cerca.

Trajo el vehículo hasta donde había tenido lugar la última etapa de la lucha. Echó dentro el cuerpo del miserable y, saltando al «baquet», emprendió el camino hacia la comisaría más próxima donde hizo entrega del malhechor.

—Razones de seguridad pública —dijo—, me obligan a no dar mi nombre. Telefoneen al
F. B. I.,
diciendo que tienen en su poder a Marcus Daggett. Permaneceré aquí hasta que acuda alguien de dicho organismo.

El comisario no insistió. Conocía, aunque no a fondo, los procedimientos de los que componían el «Federal Bureau» y dio por seguro que se las había con uno de sus componentes. El hecho de que Curt se ofreciese a quedar allí mientras hiciera falta, significaba la confirmación de sus suposiciones.

Media hora más tarde hacía acto de presencia un delegado del organismo en cuestión, el cual, atendiendo el deseo del joven agente, abstúvose de nombrarle y dio las oportunas órdenes encaminadas al traslado de Daggett al hospital de la Prisión Central.

Desde la misma comisaría, Batterby telefoneó a Sally.

—¿Sabes quién soy? —preguntóle apenas oyó la voz de la muchacha.

—¿No he de saberlo?

—Bien. No me nombres. Te llamo para decirte que el asesino de tu hermano está ya en poder de la policía y no tardará en pagar con su existencia la vida que segó. Adiós, muchacha.

—Pero…

—Tengo mucho que hacer.

Neil Kasner, jefe inmediato de Marcus en la banda de espionaje

a que ambos pertenecían, hizo un gesto de disgusto cuando le anunciaron la visita de Emily Daggett. Su primera intención fue negarse a recibirla, pero reflexionó a tiempo y cambió de idea.

Momentos después tenía en su presencia a la angustiada madre.

—Supongo a lo que viene —empezó, antes, de que ella hablase.

—Si lo supone, dígame lo que haya —respondió la visitante, cuyo gesto duro repelía.

—Nada nuevo aún, como no sea, que su hijo se encuentra bastante mejor.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces…?

—No se haga de nuevas, señor Kasner. Lo que yo necesito es que me comunique lo que se ha hecho para libertar a Marcus.

—Muy lógico su deseo, pero comprenderá que no estoy autorizado para hablarle del asunto.

—Si usted no está, autorizado, alguien lo estará.

Hizo ademán de marcharse. Kasner, la contuvo ordenando:

—¡Espere! —Y ya en tono más suave—: ¿A dónde va?

—En busca de la persona que pueda responder a mis preguntas. He venido a usted primero porque sé, a través de mi hijo, cómo debe una comportarse; pero puesto en ese plan… Hay muchas cosas que para mí no constituyen secreto.

Neil hizo lo posible por sonreír y dar a sus palabras un tinte afectuoso.

—Siéntese, señora Daggett. Soy comprensivo y encuentro natural su estado de ánimo, De allí que no tome en consideración sus palabras… casi amenazadoras.

—¿Amenazadoras, dice? No, no; yo no amenazo. El que Marcus me haya hecho conocer muchas de las actividades de ustedes no significa que deban temerme. Yo he sido una buena colaboradora en todos los sentidos para mi hijo. En distintas ocasiones le di consejos que le ayudaron a salir bien de sus empresas. No amenazo, no; ¿para qué, si confío en que pongan ustedes en juego toda su fuerza a fin de que salga sano y salvo de la cárcel? Ahora bien, ¡si me lo abandonaran… si le dejaran morir a manos del verdugo…!

Se interrumpió sin acabar la frase, más su tono y sus miradas fueron de elocuencia suma.

Había aceptado la silla que Kasner le ofreciera y se deshizo en

lágrimas.

—Aparte lo que queremos a Marcus, nuestro único hijo —murmuró—, está el abandono en que quedaríamos si él nos faltase. Imagíneselo: yo soy ya vieja y padezco una enfermedad crónica; mi esposo, está paralítico; no contamos con bienes de fortuna; vivimos de los que el muchacho nos proporciona.

—No hace falta, que se esfuerce, señora Daggett; veo perfectamente la situación de ustedes y le garantizo que la resolveremos pronto y bien.

—¿En qué sentido?

—Primero, atendiendo a sus necesidades mientras Marcus esté encerrado; después, echando toda la carne al asador para que él salga pronto.

—Eso segundo es lo principal. Estando él junto a nosotros no necesitamos nada de nadie.

—Me lo figuro, pero las cosas importantes no se resuelven con la prontitud que uno quisiera. Hemos de aprovechar el momento propicio. Nos estamos ocupando activamente de la cuestión. Hay que sobornar gente, Si los abogados fracasan recurriremos a otros medios. Ea, márchese tranquila y confíe en nosotros.

—Lo que usted mande.

—Y mucho cuidadito con la lengua, ¿eh?

—No se preocupe. Tanto James como yo sabremos callar.

La acompañó hasta la puerta, dándole afectuosas palmaditas en la espalda.

Apenas quedó solo se le ensombreció el semblante. Tras ligera reflexión salió a la calle y tomando un coche de alquiler se hizo conducir a las proximidades del Hispanic Museum, desde donde, a pie, se dirigió al domicilio de Spangler Maison, jefe visible en Nueva York de la banda de espionaje a la que él pertenecía en calidad de miembro destacado aunque de inferior categoría a la de aquél.

Fue recibido sin hacerle esperar.

Era Spangler Maison hombre de mediana edad, alto, moreno, de mirada aguda y enérgicos trazos faciales.

—¿Qué le trae por aquí, Kasner?

—Algo de importancia.

—Me lo figuro.

En su tono daba a entender que le pediría cuentas de aquella visita si no estaba justificada. Las órdenes en tal sentido revestían gran severidad. Sólo en casos especiales debían los espías visitarse en sus respectivos domicilios.

Señaló una silla a Neil.

—Le escucho.

Kasner dióle cuenta de su conversación con Emily y dijo al final:

—Marcus cometió la mayor de las estupideces informando a sus padres de que trabajaba a nuestras órdenes y dándoles, sin duda, detalles que pueden comprometernos no sabemos hasta qué medida. Tengo confianza… hasta cierto punto, claro, en que el muchacho no hable aunque le lleven a «la silla»; pero los viejos, si esto ocurre, charlarán hasta por los codos.

Las facciones de Spangler acusaron dureza acentuada.

—El asunto es grave —admitió—, tan grave que no me atrevo a resolver por propia iniciativa. Consultaré a quien procede. Aguárdeme aquí. No se impaciente si tardo.

Abandonó la casa.

Neil esperó pacientemente.

Volvió Maison al cabo de dos horas largas. Notábasele preocupado, más serio aún que de costumbre. Sin darse prisa en hablar tomó asiento frente a su interlocutor quien le miraba impaciente.

—¿Cree usted posible —inquirió al fin—, hacer algo en obsequio de Marcus Daggett?

Neil negó con la cabeza a la par que decía:

—Todo cuanto nuestros abogados lleven a cabo resultará inútil. El F. B. I., le acusa, de haber matado a uno de sus hombres y ese delito no tiene más que una pena.

Le atajó Spangler:

—No solicito su opinión en tal sentido. Sabemos bien que le espera «la silla». Lo que quiero oírle es si, dada su condición de ayudante del director de ese establecimiento penitenciario, le sería posible facilitarle la fuga.

—Lo considero punto menos que imposible. El servicio de guardianes es numeroso y no se abandona nunca. Para abrir los

rastrillos necesitaríamos la complicidad de varias personas que, desde luego, no se someterían. El único procedimiento estribaría en la violencia, valiéndonos de algunos hombres a quienes yo facilitase la entrada; pero el escáldalo resultaría inevitable, sin que yo me librara de ser descubierto y perseguido.

—Basta. Arriesgaríamos más de lo que merece Daggett. Nos importa mucho que usted continúe en ese puesto como «probo» funcionario de Prisiones.

Neil no pudo contener un leve suspiro de alivia. Añadió Maison:

—Es lástima, pero tendremos que sacrificar a ese muchacho. Ya le daré instrucciones a este respecto. En cuando al matrimonio Daggett… el jefe superior ordena que desaparezca del mundo de los vivos, si bien habrá de hacerse de forma que la muerte parezca natural.

—Lo suponía.

—Deberá usted encargarse personalmente del «trabajo». Si necesita ayuda utilice a Roger Dilches. Es elemento de absoluta confianza.

—Conforme.

La entrevista prolongóse un rato más. Cuando hubo concluido, Neil Kasner había recibido también órdenes de lo que tenía que hacer con Marcus.

Era más de media noche cuando Neil y su secuaz Dilches, se detuvieron ante el domicilio del matrimonio Daggett.

El sombrío lugar hallábase desierto, como siempre a aquellas horas y envuelto en la obscuridad.

Los miserables dieron una vuelta por los alrededores del pequeño edificio, el cual, constaba de dos plantas, para convencerse de que no había nadie más que ellos por allí. Se cubrieron luego los rostros con sendos pañuelos a fin de que no se les reconociese si el golpe fallaba.

Dilches manipuló finalmente en la cerradura de la puerta trasera, no tardando en comprobar que estaba cerrada por dentro. Repitió la suerte en la principal, con idéntico resultado. Dirigieron la vista a las ventanas, cerradas herméticamente.

—No habrá más remedio que llamar —sugirió Neil—. Se ve que esta gente no se fía de nadie.

—En tal caso sobran las máscaras.

—Desde luego.
—Si escapasen con vida…
—No escaparán.
Guardáronse los pañuelos y Kasner oprimió un timbre con insistencia.
Tras varios minutos oyeron la voz de Emily que preguntaba con gesto desabrido:
—¿Quién llama a estas horas?
—Abra, señora Daggett. Soy Kasner. Vengo a comunicarle cosas de interés.
La entrada quedó libre y los dos miserables penetraron en el pequeño recibidor. Mirábales la mujer con ansiedad.
—Cierre. Todas las precauciones son pocas —ordenó Dilches.
Fue obedecido.
—Vengan, vengan por aquí. Estoy aterrada. ¿Es que le ocurre algo nuevo a mi pobre hijo?
—Tranquilícese. Todo lo contrario. Le traemos buenas noticias.
Resplandeció el semblante de la mujer.
—¿De veras?… No saben cuánto les agradezco. Nunca olvidaré esta molestia que se han tomado.
—¡Bah, no se preocupe! ¿Y su marido?
—Descansa en su silla de ruedas. Se encuentra más a gusto en ella que en la cama.
Habían llegado hasta la salita principal del piso bajo.
Los miserables cambiaron miradas significativas. No sabían cómo iniciar el crimen por cuanto Emily, ni siquiera mientras les fue guiando, les volvió la espalda y ellos querían atacarla a traición para evitar todo grito.
—¡Digan pronto lo que sea!
—Será preferible que avise usted a su esposo. Así nos evitaremos repetir el informe.
—Bien. Voy a traerle.
Dio unos pasos hacia la puerta que tenía en frente. Aquellos segundos fueron aprovechados por Kasner quien, cogiendo su pistola por el cañón, le descargó un golpe en la cabeza que, sin producir herida, la privó de conocimiento.
—Ahora el paralítico —ordenó a Dilches quien asintió con un gesto, lanzándose en busca de la nueva víctima. La encontró a los

pocos momentos. James había despertado y acudía ya moviendo la palanca que impulsaba su silla.

Clavó las asombradas pupilas en el canalla.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

—Soy amigo de su hijo. No haga preguntas. Le traigo un interesante recado suyo.

—¿De veras?

—Le llevaré junto a su esposa.

—¡Oh, yo puedo valerme!

—De todos modos…

Colocóse tras la silla, como si la fuera a empujar, e hizo lo mismo que antes realizara su cómplice. Un golpe seco en la cabeza privó al enfermo de sentido.

Tornó junto a Kasner.

—Ya está.

—No perdamos tiempo.

Vertieron junto a los infelices un poco de líquido inflamable. Enseguida, mientras Dilches se ocupaba de recoger las llaves de las dos puertas, Neil manipuló hábilmente en la instalación eléctrica, provocando un eficaz cortocircuito…

—¡Vamos!

Salieron rápidamente y cerraron tras sí.

A no mucha distancia había un lugar estratégico donde se situaron para contemplar su obra.

No transcurrió excesivo tiempo sin que vieran las primeras llamas.

Cuando toda la casa ardía, percibieron horrorizados gritos partiendo del interior, gritos que, luego de llegar al grado máximo, cesaron.

Al acudir los primeros socorros, atraídos por el resplandor, la endeble casa estaba convertida en una hoguera.

Dilches, por orden de Kasner, unióse a los que inútilmente pretendían atajar el fuego mientras llegaba el servicio de incendios, avisado desde la casa más próxima. Interesaba a los asesinos comprobar si el crimen se había consumado totalmente o si, por el contrario, tenían algo que temer.

Una hora más tarde volvió a reunirse con su cómplice, el cual, se había retirado a un bar donde habían convenido reunirse. Su cara

expresaba satisfacción.

—¿Qué? —preguntó Neil, casi sin aliento.

—No hay motivo de preocupación. Los cuerpos están carbonizados.

—¡Qué pena! —exclamó cínicamente.

—¡Qué pena, sí!

Apuraron sendas copas de coñac.

CAPÍTULO III

MÁS SANGRE VERTIDA

El toque de silencio había sonado tiempo atrás.

La enorme mole gris de la prisión parecía un monstruo dormido, un monstruo erizado de gigantescas y amenazadoras púas que guardaba en su vientre girones de tragedia, de dolor y de crimen.

Marcus, estaba desvelado. Dos días después iba a verse su causa ante los tribunales, razón más que suficiente para que el sueño huyese de él cual si quisiese, privándole del descanso, aumentarle las horas de sufrimiento.

La esperanza que, en medio de sus inquietudes, acarició desde el primer día, había ido perdiendo consistencia, convirtiéndose en algo borroso que con el transcurso de las horas se difuminaba más y más. La banda no hacía nada efectivo para salvarle o, por lo menos, no recibía prueba alguna de que lo hiciese. Y si le abandonaban, si no llevaban a cabo algo definitivo, contundente, podía contarse con los muertos.

La visión de la silla eléctrica —la reina de las sillas, como suelen llamarla—, producíale escalofríos torturadores.

Apenas si concedía importancia a sus heridas, ya en vías de cicatrización. Su gran tortura era exclusivamente moral.

Mediaba la noche cuando el asesino de Denny McLanghin notó que manipulaban en la cerradura de su celda y que el cerrojo descorríase suavemente, sin ruido alguno. No se sorprendió. De antemano supuso que se trataba de Neil quien, amparándose en su cargo de director, le había hecho ya varias visitas.

Efectivamente, Kasner apareció, cerrando tras sí, sigiloso, y dirigiendo una amable sonrisa al preso.

—¿Qué hay, muchacho?

—Ya puede suponerlo, ¿no?

La desabrida respuesta no podía sorprender al recién llegado. Hizo, no obstante, como si le disgustase el tono en que se le hablaba.

—Claro que lo supongo. Pero eso no le autoriza a contestarme así.

—¿Quiere que lo haga entre palmas y risas?

Neil mostróse conciliador:

—Le disculpo, Daggett; le disculpo aunque no hay razón para que se muestre iracundo con uno de sus jefes.

—Gracias por su tolerancia.

—La tengo, aunque lo dude. ¿De qué puede quejarse? Cuando en la conferencia me expuso su propósito con respecto a aquel sujeto del F. B. I., le recomendé que hiciese las cosas bien. Si los nervios… o lo que sea, le hubieran permitido, antes de huir, cerciorarse de que el hombre estaba muerto, nadie habría podido delatarle. Noches después, cuando fue perseguido por esa persona cuyo nombre ignoramos, le faltó también arrojo para quitarle de en medio y se dejó usted coger. ¿A quién puede culpar de tales descalabros?

Marcus inclinó la cabeza pero la alzó enseguida con movimiento irascible. Le molestaba que le recordasen sus tropiezos. En otras circunstancias no se hubiera encontrado con valor para protestar de la reprimenda; en las suyas, no vaciló.

—Será mejor que no comentemos el pasado. He tenido mala suerte. Eso es todo. No todo el mundo acierta siempre y yo, antes de ahora, presté muy buenos servicios.

—Nadie lo duda.

—Pues hay que demostrarlo. ¿Qué tiene que decirme? ¿Cómo van las cosas?

Se había levantado del camastro y paseaba por el reducido espacio de la celda. Neil, por el contrario, tomó asiento en el banco empotrado en la pared.

—Todo marcha satisfactoriamente.

Daggett paróse en seco, escrutando a su interlocutor.

—¿A qué llama usted «satisfactoriamente»? El abogado que por deseo de ustedes se ocupa de mi asunto no acaba de llenarme. Lo

encuentro frío, como si no tuviera confianza en el éxito.

—Figuraciones suyas. Él conoce perfectamente su obligación. No es a usted a quien tiene que inspirar confianza, sino a nosotros, que le pagamos, y a los jueces.

—¿De veras? Creí que yo también «contaba».

—Entienda… He querido decir que estamos contentos de él. Sus gestiones no pueden ser más acertadas, Ha manejado hábilmente el dinero puesto a su disposición. No siempre hay magistrados que se vendan, pero él ha tenido la suerte de dar con uno.

La confianza renació en el pecho de Marcus.

—¿Es verdad eso?

—¿Duda de mis palabras?

—No, no; es que… comprenda mi estado de ánimo. Todo esto se me cae encima. Tengo la sensación de sentirme abandonado hasta de mis padres. El último día de visita no acudieron a verme. No sé nada en absoluto de ellos.

Dada la gravedad de su situación, el miserable echaba, de menos el cariño de las personas a quienes apenas supo estimar nunca.

Neil, con cinismo inigualable, repuso:

—Puede que estén enfermos. No se preocupe. Haré gestiones o, mejor dicho, iré personalmente a ver qué les pasa.

—Se lo agradeceré mucho.

Había reanudado sus paseos aunque éstos no acusaban ya el nerviosismo de antes. Kasner que acechaba el momento propicio para realizar el homicida propósito que le llevara hasta allí, le invitó a detenerse.

—No podremos seguir hablando si no se está usted quieto. Me gusta ver la cara de las personas a quienes me dirijo.

—Discúlpeme.

—Disculpado. Y ahora escuche y respóndame: como le acabo de decir, se está haciendo todo lo posible a fin de salvarle; pero… deseamos la evidencia de hasta qué punto merece usted nuestra protección. Figúrese que, a pesar de todo, nos abandonara la suerte.

—¿Qué insinúa?

—Es una hipótesis. Vamos a admitirla. Sí, no obstante nuestro interés, resultara usted condenado, ¿qué haría?

Daggett sufrió una fuerte sacudida. Desapareció la calma recobrada poco antes; asomósele el terror a los ojos y crispó los

puños.

—¡Que no ocurra eso, señor Kasner!, que no ocurra, porque…

—Termine.

—¡Yo no quiero morir! ¿Se entera? ¡No quiero morir! ¡Están ustedes en la obligación de salvarme! ¡Si no lo hacen… entenderé que se han desentendido de mí… y nos hundiremos todos!

—¡Marcus!

—¡Hágaselo saber a Spangler Maison!

—Cálmese… cálmese… No está ni medio bien que se exprese en estos términos. Nada irreparable le sucederá.

Sacó un papel cuidadosamente doblado y lo entregó al preso, mientras añadía:

—Léase esas instrucciones. Me las acaba de entregar el letrado y se relacionan con la vista de la causa. Convendrá que las estudie usted bien, pero deles ahora un repaso en mi presencia por si tiene algo que objetar. Se refieren a varias de las preguntas que se le van a hacer y a las respuestas que por su parte proceden.

Marcus, no repuesto aún de su crispación, tomó el escrito y situóse bajo la pequeña bombilla que parecía como empotrada en el techo.

Fue Kasner ahora quien comenzó a dar paseos, deteniéndose a poco tras su compinche, cual si también quisiera leer por encima del hombro de éste. De pronto, su fuerte brazo izquierdo le sujetó la garganta, casi ahogándole, impidiéndole el menor grito, mientras su diestra esgrimió un cuchillo de estrecha hoja que le hundió en el corazón de un golpe certero.

Daggett, desorbitados los ojos, se debatió unos instantes, sólo unos instantes. La vida que tanto amaba se le escapó por la herida.

—¡Tú no hablarás! —masculló el asesino.

Le sostuvo hasta convencerse de que tenía sobre sí un cadáver y lo dejó caer luego con suavidad. Limpió la empuñadura del arma y cogiendo la mano derecha del muerto la cerró sobre la misma, manteniéndola así el tiempo necesario para que los crispados dedos no se apartasen de ella. Pasó, finalmente, su propio pañuelo sobre aquella mano, recogió el pliego escrito que Marcus había dejado caer y abandonó la celda, adoptando idénticas precauciones que empleara al entrar.

A la mañana siguiente, a la hora de «recuento», se descubrió el

crimen.

El guardián de turno dio un respingo y saltó hacia atrás al ver aquel cuerpo caído y ensangrentado. Cerró la puerta con rapidez y acudió, nervioso, a informar a sus superiores del suceso.

Neil, en su calidad de ayudante del director, se levantó rápido del sillón que ocupaba, fingiendo estupor sin límites.

—¿Qué disparate es ése?

—¡Le aseguro que es verdad!

—Venga, venga conmigo.

Partió como una exhalación, seguido del empleado. Avanzaron por el pasillo de celdas hasta detenerse frente a la del drama.

—¡Abra usted!

Hizo el guardián lo que se le decía y se echó a un lado para que pasase Kasner, el cual, prorrumpió en exclamaciones de asombro y de furia.

—¡Esto es terrible! ¿Cómo, dentro de la cárcel, puede haber sucedido una cosa así?

—Verdaderamente, resulta inexplicable.

—Bien. Vuelva a cerrar. No comente el suceso. Informaremos al señor director y que él resuelva.

Dirigiéronse al despacho de la persona indicada que se hallaba en compañía de otro ayudante y del médico-jefe.

La novedad produjo enorme efecto.

Los ojos de Rudyard Wanger, director de la prisión, relampaguearon.

—¡Inaudito! ¡Totalmente inaudito! ¿Cómo se hacen los cacheos? ¿Puede concebirse que un recluso, candidato a la silla eléctrica, tenga en su poder un arma?

De momento, nadie se atrevió a replicar. La ira de aquel hombre solía originar pavor.

En realidad la cosa parecía inexplicable. Los registros periódicos en el establecimiento penitenciario se realizaban a conciencia, sobre todo, en lo que afectaba a los reos cuya trágica suerte final estaba prevista.

Poco tiempo atrás uno de éstos, condenado ya a muerte, recibió de labios de su esposa, al darle el beso de despedida, una cápsula conteniendo veneno, con la que se dio muerte hurtándose al verdugo. Desde entonces la vigilancia se había centuplicado

haciendo imposible la repetición de hechos análogos.

Trasladáronse donde estaba el cadáver. El médico lo examinó atentamente y movió la cabeza, dubitativo.

—Puede que se haya suicidado, en efecto —manifestó—, pero tengo mis dudas.

—¿Eh?

—Habrá que verlo más despacio. La trayectoria del arma así como la profundidad a que parece haber llegado la punta inducen a la sospecha.

Kasner se estremeció. Teniendo en cuenta tales extremos había cometido el crimen colocándose en una posición tras la víctima que pudiera descartarlos. Aquel primer informe del galeno le quitó parte de confianza en sí mismo.

—¡Es lo único que nos faltaba! —bramó Rudyard—. Le ruego que no aventure juicios, doctor.

Verificaremos toda clase de indagaciones, procurando que la verdad no trascienda más que lo estrictamente indispensable.

—Me parece difícil la realización de ese deseo suyo. Habrá que avisar al forense, se practicará la autopsia y…

—Bien, bien. Ya veremos. Lo que importa, de momento, es restar proporciones al escándalo.

El jefe del F. B. I., en Nueva York, había recibido afectuosamente a Curt y escuchaba con atención suma su informe.

—He seguido el caso con el mayor interés, señor Doyke, y lo encuentro sospechoso por demás. Los padres de Marcus Daggett mueren carbonizados, horriblemente carbonizados, cual si sus cuerpos hubieran sido la principal materia combustible que en la casa había; cuando sólo faltaban cuarenta y tantas horas para la vista de la causa de dicho Daggett, aparece este apuñalado en su celda; se habla de un posible suicidio —cosa dificilísima—, pero no se pone la cosa en claro totalmente. ¿Casualidad? Me resisto a admitirla. Creo que dichas muertes guardan relación entre sí y que con ellas se ha pretendido sellar los labios de esas personas, antes de que se decidiesen a revelar sus secretos. El asunto entra de lleno en nuestra jurisdicción toda vez que la primera víctima fue Danny McLanghin, agente de nuestro organismo, el cual, cayó cuando

seguía los pasos del susodicho Daggett a quien tenía fichado como elemento de una banda de espionaje.

—Nada tengo que objetar a esa apreciación suya.

—Lo celebro, señor Doyke, y le pido que me encomiende el trabajo, disponiéndose a facilitarme cuanta ayuda haya menester.

Sonrió el jefe, complacido:

—Cuente con ello, Batterby. Sabe lo mucho que se le estima y la confianza, que tenemos depositada en usted.

—Gracias.

—Diga lo que desea de momento.

—Que se me destine a la Cárcel Central como guardián de prisiones, sin que nadie, excepción hecha del director de la misma, sepa quién soy.

—¡Caramba! ¿Piensa usted que la llave del misterio puede hallarse entre esos muros?

—Trato de averiguarlo, sencillamente. Hallándose el director en el secreto podré entrar y salir, aun a las horas de servicio, y realizar mis indagaciones donde lo aconsejen las circunstancias.

—¡Resulta gracioso! ¡El F. B. I., en la cárcel!

—En la cárcel… y hasta en el infierno está llamado a deslizarse nuestro organismo en busca de la verdad.

—Tiene usted razón, muchacho. Hoy mismo me ocuparé de que se le extienda ese nombramiento. ¿Algo más?

—Hoy, no… Es decir… Interesaría que la Policía Metropolitana recibiese instrucciones de ayudarme si yo lo requiriese.

—Las recibirá. Nos encontramos en mejores relaciones que nunca con ella.

Se levantó el joven, dando por acabada la entrevista. Doyke le tendió la mano.

—Adiós, Batterby. Téngame al corriente de todo.

CAPÍTULO IV

ENTRE REJAS

Neil Kasner no estaba de servicio cuando Curt tomó posesión de su cargo.

El director, al recibirle en presencia de los demás empleados, le trató con frialdad, como si no le conociese, y designó a Match Wilder, otro de los guardianes, para que le fuera enseñando todos los recovecos de aquel triste establecimiento.

Match Wilder era hombre de aspecto simpático. No estaba muy sobrado de inteligencia y suplía esta falta con exceso de celo en el cumplimiento de su deber. No era, sin embargo, tirano ni déspota. Pocas veces aplicaba castigos y cuando se veía, en la precisión de imponer alguno, procuraba fuese lo más Suave posible y lo levantaba pronto.

Los reclusos le querían… todo lo que los reclusos pueden querer a sus carceleros.

—Es usted nuevo en el cuerpo, ¿verdad? —preguntó a Batterby tan pronto como hubieron abandonado el despacho del director.

—Completamente nuevo. Hoy es mi primer día de servicio en el Cuerpo de Prisiones.

Sonrió Match con suficiencia.

—¡No sabe lo que le espera!

—¿Por qué?

—Esto es un infierno. Somos casi tan presos como los mismos condenados. Es el mayor de los absurdos gozar de libertad, según la Ley, y pasarse la mayor parte del tiempo entre rejas. Ahora casi se puede estar aquí; las cosas han cambiado; pero ¡si hubiera usted visto antes!… Yo, que llevo ya quince años en el Cuerpo podría dar materia para cientos de novelas.

Curt hizo una reflexión que en nada favorecía al que le acompañaba: ¡quince años entre muros grises, para no haber pasado de triste guardián!… Abstúvose de exteriorizar su pensamiento y limitóse a decir:

—Me lo figuro.

—Ahora, las celdas de castigo no inspiran demasiado terror; apenas se producen huelgas de hambre, casos de locura o suicidio.

—Pues, según he oído, recientemente se produjo uno de éstos.

Match Wilder eludió en parte la respuesta.

—Sí… pero eso no tiene importancia. Hace años eran muy frecuentes. Se castigaba a los presos con enorme dureza por cualquier motivo; todos nosotros usábamos fusiles, porras de goma; había guardianes muy aficionados a apretar el gatillo. Hoy, aunque llevamos pistola, no podemos hacer uso de ella más que en caso de agresión personal. Yo no he tenido que utilizarla nunca.

Entraron en el enorme patio central. Tratábase de un cuadrilátero formado por tres bloques de celdas, el comedor y, sobre el mismo, el gran salón destinado a escuela de varios grados.

Unos pinos famélicos elevaban sus ramas mortecinas entre los cuales los pájaros —seres inconscientes que pudiendo volar libres hallaban inconcebible atractivo allí—, revoloteaban incesantemente cual si quisieran distraer la atención de los hombres absortos en sus problemas.

Miles de penados movíanse perezosamente, sin ir a ninguna parte por cuanto a ninguna parte podían ir; sin hablar apenas, ya que todo se lo tenían dicho; renunciando a referir «su caso», como hacían al principio, cual si sus interlocutores fueran los jueces que habrían de juzgarles. Trajes arrugados y no muy limpios, pálidos rostros, ojos de mirada muerta de los que parecía haber huido para siempre la chispa vital que los animase.

Match Wilder fue señalando algunos sujetos:

—Aquel de la cicatriz junto a la ceja es un «cleptómano». Le llama cleptomanía a introducirse en las casas y llevarse lo que puede; ese jovenzuelo de los ojos verdes mató a su padrastro al sorprenderle dándole una paliza a su madre. Veinte años le han caído encima.

—La vida entera, puede decirse.

A Curt le agradaba de minuto en minuto aquél, «compañero de

oficio». Díjose que acaso pudiera serle útil y se formó el propósito de cultivar su amistad.

—Sí, porque cuando salga… si es que sale, será un viejo… con cuarenta años de edad. Ya, ya le iré enseñando tipos y diciendo cosas.

Pasaron a, los talleres. Multitud de hombres, cuyas almas parecían haberles abandonado, dedicábanse a sus tareas, sin entusiasmo muchos, afanosamente otros, no por el deseo de rendir, sino utilizando el trabajo como un medio de no pensar.

Wilder se detuvo a hablar con algunos, incluso les preguntó por sus familias demostrando conocerlas a través de las reiteradas visitas a los locutorios. Le respondían sin acritud, agradeciendo el interés.

—Hay buenas personas, ¿sabe?… —explicó luego a Batterby—. A veces la mala suerte conduce a estos sitios a personas que se ofuscaron y que podrían hacer un papel muy importante, entre la sociedad. Así lo he oído decir a personas que entienden de estas cosas y opino que tienen razón.

—Comparto su creencia.

El modesto funcionario alegróse de oír a su «compañero» y no vaciló en aconsejar:

—Hay que tener mano dura cuando la necesidad obliga, a ello; pero mientras sea posible conviene tener amigos. Pórtese bien, sin llegar al extremo de que le tomen por un infeliz, y se alegrará. En medio de todo, el hecho de estar apartado del mundo ya equivale a un gran castigo. Ninguna precisión hay de extremar los rigores.

—Es buena idea.

—No es mía tampoco, ¿sabe?… Se la he oído a señores que saben más que yo, pero le he dado vueltas en el magín y me ha parecido excelente.

La modestia de Match eludiendo la propiedad de tales pensamientos, aumentó la simpatía que comenzó a inspirarle a Curt.

Más de dos horas duró el recorrido, pues Batterby demostraba no tener prisa y su acompañante no la sentía tampoco. El agente del F. B. I., haciendo o no preguntas, interesábase por aquel mundo lluevo para él, no obstante tener la misión, como todos los servidores de la Ley, de irlo poblando.

Hallaba infinidad de detalles curiosos que nunca hasta entonces llegó a presumir.

Durante el día asistió, como simple espectador, a todas las funciones encomendadas a los funcionarios de su esfera: recuentos, cacheos, vigilancia a las horas de las comidas para que el silencio no se alterase.

No se separaba de Match a quien invitó repetidas veces en la cantina, procurando inspirarle confianza y deslizando preguntas «ingenuas» encaminadas al fin que constituía su preocupación.

Ya de noche, encauzado el diálogo de manera que pareciera normal, lo llevó otra vez al «suicidio» de Marcus Daggett.

—¡Lo que me hubiera gustado encontrarme aquí cuando sucedió eso!

Wilder le miró, conmiserativo.

—¡Cómo se conoce que es usted nuevo!

—No le comprendo.

—¡Claro! No puede comprenderme. Se imagina que de haberse encontrado prestando servicio aquel día, se hubieran apresurado a informarle de todo, a llamarle como testigo de vista… —Soltó una carcajada—. No, muchacho, no. Aquí no se entera uno, más que de lo que quieren decirle… o de lo que la casualidad pone ante sus ojos. Precisamente aquella noche presencié yo una cosa rara.

Interrumpióse y cambió de tono:

—Bueno… ¿para qué ocuparse de lo que ya pasó?

Con aquellas últimas palabras había despertado hasta el máximo el interés de Curt quien, a pesar de todo, tuvo fuerza de voluntad para dominarse, a fin de que el guardián no abrigase la más leve sospecha ni le tildara de curioso. Limitóse a decir:

—Tiene usted razón. En medio de todo, ¿a mí qué me importa? Esto mío es propio de novatos. Quisiera uno enterarse en un minuto de lo que a hombres experimentados como usted, por ejemplo, les ha costado años enteros dominar.

En aquellos momentos el guardián llegó a considerarse un hombre de importancia, incluso inteligente; Batterby dióse cuenta, y se propuso atacarle en días sucesivos por los puntos débiles.

Llegada la hora de descansar, Curt tardaba en dormirse. Las impresiones del día habían sido demasiado fuertes. Sonaban en sus oídos, como si estuvieran produciéndose de nuevo, el inacabable

manipular de las cerraduras, los toques de corneta, los golpes de la campana anunciando el final de los recuentos, las estridencias de la sirena llamando a los talleres penitenciarios…

De nada le servía cerrar los párpados; continuaba viendo la sucesión de cadáveres vivos que no esperaban nada de nada o que trataban de ahuyentar la sombra de la muerte definitiva que se cernía sobre ellos.

A la mañana siguiente experimentó una gran sorpresa viendo llegar a Neil Kasner dispuesto a relevar a un compañero suyo.

Era buen fisonomista y recordó perfectamente haberle visto en la conferencia del doctor Frederic Hogson. Recordó, incluso, los momentos en que estuvo hablando bajo con Marcus Daggett.

La cosa antojósele extraña, muy extraña, ¿estaría allí la clave del enigma o se trataría de una simple casualidad?

Match se le acercó, soñoliento.

—¿Qué, amigo, nos marchamos?

—No… la verdad es que este trabajo no cansa y, si me lo permiten, pienso quedarme todo el día y toda la noche…

Lanzó el guardián una carcajada.

—¡Me lo explico!… Siente el venenito de la curiosidad. Bien… Bien… Recuerdo que yo en principio también lo sufrí. No tardará en llegar el tiempo en que usted desee que le releven.

—Sí, naturalmente. Ahora, por el contrario, lo que me interesa es verlo todo, enterarme de todo, conocer a mis compañeros y jefes… A propósito: ¿quién es aquel hombre?

—¿Aquél? ¡Nada menos que el señor Kasner, el ayudante preferido del señor director!

—¡Ah!

—No es mala persona. Y como funcionario, supera a todos los demás. ¡Qué celo el suyo! Mientras está de servicio no descansa. Precisamente la noche en que se suicidó Daggett…

Se mordió los labios.

A Batterby le dio un vuelco el corazón. Dominándose, preguntó con naturalidad:

—¿Qué hizo aquella noche?

—No, nada. ¿He dicho yo que hiciera algo?

El agente se encogió de hombros, expresando indiferencia.

—Creí…

Wilder cortó el diálogo:

—Le dejo. Ya nos veremos mañana. ¡Que se divierta!

Curt quedó verdaderamente intrigado. Aquello resultábale muy interesante. Felicitóse por su decisión de meterse entre rejas.

Poco después fue presentado a Kasner como guardián de reciente ingreso. El asesino achicó los ojos. Estaba seguro de haber visto la cara de Batterby en alguna parte aunque no consiguió precisar dónde. Ni por un momento le relacionó con el elegante joven a quien divisara un momento en la conferencia sobre radioactividad. Le hizo varias preguntas a las que el interrogado contestó con ingenua sencillez y le despidió, pues solía mostrarse poco efusivo con el personal subalterno. No obstante, quedó preocupado.

Aquel mismo día, el joven agente buscó una oportunidad para hablar con el director del establecimiento a quien sorprendió preguntándole:

—¿Qué opinión tiene usted formada del señor Kasner?

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada… Se trata de una curiosidad. No olvide que tengo motivos para interesarme por todas las personas que tienen acceso a esta prisión.

Observóle el jefe con dureza antes de responder:

—No olvido nada; pero hay cosas… en fin, ya que se empeña le diré que el señor Kasner es un empleado modelo en el cual tengo depositada confianza absoluta.

Se oyó la voz de Neil:

—Gracias, señor director. Perdone… Estaba la puerta entreabierta y al oír su elogio no he podido resistirme.



La puerta estaba entreabierta...

Rudyard dirigióle una leve sonrisa.

—¿Quería usted algo?

—Sí, señor. Venía a despachar unos asuntos.

Curt tuvo la evidencia de que aquello no había sido casual, la puerta no quedó entornada como el recién llegado dijo. Estaba

seguro de haberla cerrado él mismo.

Anunció el director, mintiendo:

—Estaba explicando a este joven quiénes son mis colaboradores.

—Entendido.

Miró con fijeza al agente. Había recordado ya el sitio en que le vio por vez primera y a eso debióse que no le perdiera de vista. El hecho de que Rudyard, tan severo, tan amigo de guardar las distancias, recibiese a un triste guardián a solas, condescendiendo a hacerle una especie de biografía de los demás funcionarios antojósele significativo.

—¿Puedo retirarme? —inquirió Batterby, apartando la mirada, respetuoso, de Neil.

—Desde luego —concedió el director—. Ya hablaremos en otra ocasión. Quiero que se imponga usted pronto de sus obligaciones. —Y dirigiéndose a Kasner—: Este joven me ha sido recomendado por un buen amigo mío.

—¡Ya! Pues tendré mucho gusto en serle útil.

Batterby abandonó el despacho. Cada minuto le gustaba menos Neil.

Durante el día hizo discretas averiguaciones. Supo quiénes estuvieron de servicio la noche en que murió Daggett y no se sorprendió demasiado al enterarse de que Kasner fue uno de ellos. También pudo comprobar por sus propios ojos que las llaves de las celdas quedaban al llegar la noche, después del último recuento, bajo la vigilancia directa del ayudante del director que estuviese de servicio. El rompecabezas no se le aparecía ya difícil, aunque deseaba ajustar algunas otras piezas del mismo.

Aprovechó todas las oportunidades para vigilar a Kasner y se sintió a la vez vigilado por éste, detalle que le confirmó más en sus sospechas.

Se habían empleado ambos en un juego tan lleno de interés como de emoción.

Llegada la noche, y luego de concluidas las obligaciones rutinarias, el ayudante invitó al guardián a una partida de ajedrez en la jefatura.

—Hay que matar el tiempo de algún modo.

—Es usted muy amable.

—Realmente no prodigo este trato con los guardianes; pero

usted… es distinto.

—No comprendo.

—Ha sido recomendado al director.

—¡Ah!

—No es que trate de halagar al señor Wanger en la persona de su protegido; lo hago porque la distinción de que le hace objeto me ha inducido a pensar que es usted digno de todo.

—Muy amable.

Mientras buscaba el tablero, preguntó:

—¿Qué, ha visto usted ya nuestra «ciudad» amurallada?

—Sí, señor. Y la he encontrado interesante, muy interesante, nunca había visto una prisión por dentro. Uno de los compañeros me enseñó ayer muchas cosas, luego, yo sólo he visitado otras. Lo que más impresión me ha causado es la «sala de la muerte». Esas paredes desnudas, chorreando frialdad que no se ve y se siente, sin ventanas; ese tabladillo sobre el que se eleva la silla eléctrica… A mí la silla, eléctrica, con sus correas, su casquete metálico, me ha dado la impresión de un esqueleto cuyos huesos fueran de acero.

Kasner forzó una sonrisa. No le hacía ninguna gracia la alusión al artefacto que suele poner fin a la existencia de los malhechores. Notó Curt el efecto producido, si bien aparentó no verlo y continuó mientras colocaba las piezas sobre el tablero que su interlocutor acababa de poner entre ambos:

—No lo puedo remediar. Me pareció estar viendo al reo, pálido, febril, desencajado; a los ayudantes del verdugo sujetándole al «trono mortal»; a los testigos de la ejecución, como un grupo de espectros que abandonaran las tinieblas para ocupar los bancos; al verdugo mismo cortando un trozo de pantalón del infeliz, aplicándole un brazalete unido a cables sobre la piel, cubriéndole los ojos, poniéndole el casquete metálico, consultando luego con la mirada al director y bajando la palanca que ha de introducir millares de voltios en el cuerpo del condenado; le aseguro que hasta sentí como si me comunicara su estremecimiento postrero y me llegó olor a carne quemada.

Le interrumpió Neil, con voz insegura:

—Describe usted muy bien. Cualquiera diría que ha presenciado muchas ejecuciones.

—Pues no he asistido a ninguna. Hablo a impulsos de la

imaginación. ¿Usted sí?

—No, tampoco. Hace ya tiempo que la Ley no mata a nadie en el Estado de Nueva York. Tuve la suerte de no encontrarme de servicio durante las dos únicas penas capitales realizadas en el tiempo que llevo en el Cuerpo de Prisiones.

—Le felicito. El espectáculo debe ser horrible. Yo no comprendo cómo los criminales, antes de lanzarse por el camino del mal, no piensan en lo que les aguarda, pues no cabe duda de que son contadísimos los que no caen entre las garras de la Justicia… si es que antes no se encuentran con una bala o un puñal en el camino.

—Nadie escarmienta en cabeza ajena. Bien… ¿jugamos?

—Como guste. ¿Le desagrada lo que digo?

—¡Pchss… no es cosa muy alegre!

De cuatro partidas, Kasner perdió tres aunque su contrincante no hacía esfuerzos por ganar. Y era que se encontraba nervioso, seriamente preocupado e inquieto.

Era ya tarde cuando Curt se retiró. No estaba disgustado de la marcha de los acontecimientos.

Al día siguiente le tocaba de servicio y se levantó temprano para recibir órdenes. El ayudante que relevaba a Neil había llegado ya. Éste se despidió de Batterby, mostrándose amable en grado sumo.

—No se tome muy a pecho el trabajo —dijóle, bromeando—. Se cansará antes de tiempo.

—Es posible, pero ahora, la novedad…

Kasner le dio una afectuosa palmada.

Curt intervino en la apertura de las celdas, en la conducción de los presos al patio y a los talleres después del recuento, en un cacheo concienzudo, en la vigilancia durante las horas de visita. Esto último, sobre todo, le produjo intensa amargura, no ya sólo por los reclusos, sino por el dolor que se reflejaba en los semblantes de las mujeres —ojos *de color de pena*, cuajados de lágrimas—, de los niños, algunos de los cuales miraban con asombro a sus padres no alcanzando a comprender por qué se quedaban allí en vez de marchar con ellos, besarles mucho, comprarles juguetes como antes hacían…

Match Wilder, que había entrado en su turno, comentó:

—Cuesta acostumbrarse a estas cosas, muchacho. Se ven algunas escenas… Hace meses, uno de los chicos que había entrado en el

locutorio juntamente con su madre, exclamó ingenuamente, casi contento: «papá, ya no tienes que sufrir por nuestra suerte, como siempre dices; no estamos solos; otro hombre vive con mamá»… El pobre recluso, locamente enamorado de su esposa, cayó al suelo como si le hubieran golpeado con una maza.

Siguió narrándole anécdotas. Batterby experimentaba intenso malestar y acabó pidiéndole que le hablase de otras cosas. Se lo llevó a la cantina, convidándole repetidas veces.

Con su habilidad característica deslizó nuevamente la conversación al «caso Daggett» haciéndolo de forma que fuera el propio guardián quien lo abordase. Relacionando sus palabras con el tema, murmuró el agente sin dar importancia a sus manifestaciones.

—El señor Kasner estuvo anoche muy deferente conmigo. Es usted un buen psicólogo. No pudo estar más acertado de lo que estuvo en calificarle de funcionario excelente. Me ha contado que estaba de servicio cuando se suicidó aquel pobre diablo.

—Sí, estaba; yo le vi aquella noche cerca de la celda en cuestión.

Calló en seco, arrepentido ya de aquellas palabras que se le habían escapado, empujadas en parte por el alcohol, y miró receloso a Batterby el cual no denotaba la impresión que lo oído acababa de producirle.

—Escuche, muchacho —añadió el guardián—, no diga ni una sola palabra de esto. La cosa no tiene nada de particular; los ayudantes del director pueden ir por dónde se les antoje aunque no acostumbren danzar a media noche por los pasillos.

—Ya lo comprendo —admitió Curt, y añadió por su cuenta, como si estuviera seguro de lo que decía—: El hecho de que el señor Kasner anduviera cerca de la celda de Daggett no puede significar nada en absoluto.

—¡Claro que no! Pero es preferible olvidarlo. Hay gente que le concede importancia a las más pequeñas cosas y luego vienen las responsabilidades para uno. «Que si usted dijo»… «Que sí dejó de decir»… Yo por eso me eché un punto en la boca, ¿comprende?… Le aconsejo que haga usted igual. ¡Allá el señor Kasner y todos los señores Kasner habidos y por haber!

Volvió a interrumpirse y quedó atónito, asustado, viendo junto a ellos a Neil, el cual, había entrado por otra de las puertas de la

cantina, llegando a oír las últimas palabras pronunciadas por aquél.

No concediendo aparente importancia al gesto temeroso del que hablaba, el ayudante les amonestó, sonriéndoles amable:

—Vaya… parece que abusan ustedes un poco del «*whisky*»… No estoy de servicio; he venido casualmente, por no tener nada mejor en que ocuparme; si lo estuviera me vería en la precisión de llamarles al orden.

A pesar de la sonrisa que vagaba en sus labios, las pupilas le brillaban siniestramente.

Match se excusó torpemente:

—Perdone… Acabamos de entrar ahora mismo.

—Ha sido mía la culpa —declaró el joven agente—. Le rogué que aceptase una copa.

—Beber una copa o dos no tiene nada de particular; pero… les veo tan animados que parece han sido varias; y eso, mientras se está de guardia, es peligroso. En fin, no se preocupen. Yo no he visto nada.

Se alejó con naturalidad, aunque llevaba un infierno dentro. Ya no le cabía duda de que Batterby tenía de empleado de Prisiones lo que él de buena persona.

Y el deseo de eliminarle pronto se abrió paso en su cerebro.

CAPÍTULO V

CORO DE DOCTORES

—Me atrevo a asegurar que es un maldito espía —dijo Neil a Spangler, apenas éste le hubo recibido—. Son varias cosas las que me inducen a ello.

Y detalló los motivos en que basaba su afirmación, empezando por el detalle de haber visto a Curt en la conferencia de Frederic Hogson y concluyendo por las conversaciones que había sorprendido, no casualmente, sino en virtud de su vigilancia, amén, de aludir al diálogo que precedió a las partidas de ajedrez y a todos los sospechosos movimientos observados en el enemigo.

—Se me ha presentado ocasión de acabar con él en la cárcel —terminó diciendo.

—¡Guárdese mucho! —Atajóle Spangler Maison—. Se produciría un escándalo más grande que el anterior y de consecuencias imprevisibles. Jugar con fuego por segunda vez sería una locura.

—Por eso no lo he hecho y me he decidido a visitarle para que me aconseje… o me ordene.

—Pudiera suceder —decidió Spangler—, que todo se redujera a un exceso de suspicacia por su parte. De todas maneras, sin perjuicio de andar con pies de plomo, vea si se le presenta oportunidad de eliminarle y no vacile; pero lejos de la prisión, ¿entiende?

Mientras tenía lugar aquel diálogo, en el domicilio de Rudyard Wanger hablaban también éste y Batterby.

—Me perdonará por visitarle en su casa, señor director —fueron las primeras palabras del agente, aceptando la invitación de sentarse que se le hacía.

—Tengo mucho gusto en recibirle —repuso el funcionario,

aunque su tono no estaba muy de acuerdo con sus palabras.

—Gracias. El objeto principal de esta entrevista es preguntarle: ¿Está usted seguro de que Marcus Daggett se suicidó?

El interrogado se removió en el asiento. Parpadeó varias veces en pocos segundos y por último quedó mirando con fijeza a su interlocutor.

—¿A dónde va usted a parar?

—Quiero ir al fondo de la cuestión que nos ocupa. Tengo mis motivos para insistir sobre ese extremo. Como comprenderá, me sería fácil que, oficialmente, se interrogase al médico jefe de este establecimiento, al forense…; pero me gustaría desenvolverlo todo en el mayor secreto posible. Por eso acudo a usted, en quien el F. B. I., ha depositado su confianza, para que me oriente.

Vaciló Rudyard:

—Sólo puedo decirle que a nadie se le ocurrió, la posibilidad de que pudiera tratarse de otra cosa. Daggett estaba convencido de que iba a ser condenado a muerte y ejecutado sin apelación; nada tiene de particular que quisiera evitarse los sufrimientos de la terrible espera poniendo fin a su vida. ¿Cómo llegó el cuchillo a su poder? Aun no hemos podido averiguarlo aunque se continúan las gestiones.

—Su razonamiento es admisible; pero yo necesito la seguridad del hecho. ¿Qué opinaron el médico de la cárcel y el forense al practicar la autopsia?

—Pues… el forense no acudió… Se hallaba fuera de su domicilio y… Bueno… en realidad, la autopsia ocurrió a cargo de nuestro médico jefe, el cual, seguramente, no encontraría nada de extraño… El forense llegó después y estuvo de acuerdo con todo. Ya sabe usted lo que son estas cosas…; los médicos, en los asuntos oficiales, procuran molestarse lo menos posible.

—Me hago cargo de todo, señor Wanger, pero las circunstancias exigen que no pueda conformarme con que las cosas queden así, aunque haya que dar publicidad al asunto. Voy a hacer lo necesario para conseguir la exhumación del cadáver.

Rudyard reprimió un movimiento iracundo y murmuró:

—Proceda como lo crea oportuno… aunque, sinceramente le declaro que lamentaré esa decisión. Si se comprobara alguna

anormalidad, pasaríamos malos ratos algunas personas. Compréndalo: usted, por lo visto, teme que Daggett muriera asesinado.

—En efecto.

—De certificarse que ocurrió así, el revuelo sería enorme. Grave es que un preso disponga de un arma para quitarse la vida, pero en medio de todo, eso casi pertenece al régimen interno de la prisión; con frecuencia los reclusos se proveen de ellas sin que los cacheos basten para impedirlo; pero un crimen entre los muros de la cárcel es algo tan fuerte que… nos resultaría imposible eludir la responsabilidad.

—Y, precisamente, para eludir esa responsabilidad, usted no ha querido que se profundice en el problema, prefiriendo, incluso, no enterarse.

—¡Señor Batterby!…

—Discúlpeme. No trato de ofenderle. Sólo quiero hacerle ver que por encima de los perjuicios que puedan sobrevenirle, está la precisión de aclarar los hechos, más que por el crimen propiamente dicho, por los móviles que lo originaron. El asesino de Daggett, si existe, puede ser un sujeto peligrosísimo para la humanidad, un sujeto que oculte fines de enorme trascendencia.

—O no. Cabe en lo posible —si se confirmara su hipótesis—, de que se tratase de una venganza.

—¿Por parte de quién? De otro preso, no es posible. Otro preso no podría haber entrado en la celda para cometer el crimen. Habría que pensar en que, lo realizó alguien que contaba con facilidades para hacerlo; alguien en quien usted confía y que continúa en condiciones de repetir infamias.

—Sí… sí… es terrible; pero…

Suavizó Curt el tono.

—Procuraremos desplegar discreción e incluso disminuir la responsabilidad que pudiera corresponder a usted, en gracia a la colaboración que nos está prestando.

—¡Gracias! —exclamó el director, con marcada ironía.

—No lo dude.

—¿Debo entender, entonces, que esa resolución suya es irrevocable?

—Entiéndalo.

Hizo un ligero saludo con la cabeza y abandonó el despacho.

Batterby, por conducto de sus jefes y sin que su nombre figurase para nada, obtuvo autorización para el desenterramiento de Marcus Daggett.

Se adoptaron medidas encaminadas a que la macabra tarea no trascendiese ni tuviera testigos.

Neil recibió la orden de asistir al acto. Diósela Rudyard atendiendo la sugerencia que desde las alturas le hicieron, aunque la justificó basándose en que él no se encontraba bien de salud y quería delegar en su ayudante preferido.

El miserable hizo esfuerzos inauditos por controlar sus nervios. Cuando vio a Batterby entre los asistentes al acto, experimento una sacudida.

Prese sentó el médico-jefe de la prisión, seguido de dos colegas auxiliares; minutos más tarde compareció el forense el cual tampoco acudía solo. Le acompañaba el estrafalario doctor Allan Shanon, a quien el forense presentó como a un gran amigo, añadiendo:

—Me honró con su visita cuando me disponía a venir aquí y le he invitado a que me acompañe. Su concurso resulta valiosísimo siempre en todas las cuestiones médicas.

El nombre de Shanon era hartó conocido por todos los galenos, los cuales le admiraban como gran mentalidad científica, aunque en la intimidad censurasen su extremado cariño al alcohol.

La exhumación se llevó a efecto. Batterby no perdía de vista a Kasner, el cual, sudando copiosamente, hubo de apoyarse contra una de las paredes para no caer.

—¿Se siente enfermo? —preguntóle con marcado interés al falso guardián de prisiones.

—Un poco… un poco… —tartamudeó el asesino—. El espectáculo es demasiado fuerte.

—Sobre todo si se conoció a la víctima, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Usted le habrá visto repetidas veces vivo; quizá la misma noche en que falleció.

Consiguió Neil dominarse y respondió elusivo:

—En efecto, le vi en ocasiones, aunque nunca le concedí atención. Era, sencillamente, un recluso más.

Reconoció Batterby el control que aquel hombre ejercía sobre sí mismo. Le impulsó a pedir que se le invitase a estar presente la esperanza de que, si era el criminal, se delatase ante el cadáver descompuesto de su víctima como suele ocurrir en muchos casos; pero toda la reacción había consistido en un ligero mareo que cualquier persona puede sufrir.

Los médicos dieron comienzo a su labor y no tardaron en enzarzarse en una discusión correctísima.

El forense, desentendiéndose del perjuicio que pudiera sobrevenirle por no haber cumplido antes con su deber, sostuvo que se trataba de un asesinato, en contra de lo que dijera el médico-jefe de la cárcel, presionado por Rudyard.

Verdaderamente, el examen resultaba difícil, tanto por el estado de descomposición en que se hallaba el cadáver, como por los exagerados destrozos que había hecho el bisturí cuando se practicó la autopsia.

El doctor Shanon, como era de esperar, fue invitado a dar su opinión. Y, ante la sorpresa del forense, apoyó la teoría del médico de la prisión, basándola en datos técnicos que aseguraba observar y que el primero no veía.

La autoridad científica del alcohólico galeno influyó en el ánimo de todos. Y como en realidad, salvados los principios fundamentales, nadie tenía interés en echarse tierra encima, se certificó que la muerte fue causada, según todas las probabilidades, por el propio interesado.

Batterby dióse cuenta de que Neil lanzaba un irreprimible suspiro de alivio. Luego fijóse en el doctor Allan Shanon quién parecía hallarse muy orgulloso de su éxito. El agente del F. B. I., díjose que merecía la pena dedicar un poco de atención a aquel extraño tipo.

Cuando Rudyard conoció el informe médico, respiró también a gusto y dirigió a Curt una mirada llena de censuras, si bien no despegó los labios en tal sentido. Éste hizo un leve encogimiento de hombros con el que, en apariencia, solicitaba perdón.

Horas más tarde, Batterby, desde su casa, telefoneaba a su jefe dándole cuenta de lo sucedido.

—Mi opinión es —añadió— que el miedo a las consecuencias ha

empujado a los médicos a dar un informe de cuya veracidad no se hallan muy convencidos. De todas las maneras no hemos perdido totalmente el tiempo. Ha entrado un nuevo personaje en danza que puede resultar interesante.

Y al expresarse así pensaba insistentemente en el doctor Shanon.

—Continúo deseándole suerte —fue la sencilla respuesta del que escuchaba.

A los pocos minutos de terminada la conferencia sonó el timbre del teléfono. Batterby tomó el auricular y sonrió gozoso oyendo la voz de Sally, voz que, como pocas veces, sonóle a música grata en contraste con la aridez y violencia de aquellos últimos días en que todo cuanto le rodeaba tenía amargo sabor.

—¿Eres tú, Curt?

—Me parece que sí, preciosa.

—¡Cuánto te agradezco ese piropo hoy! No vienes a verme y estoy triste pensando que me guardas rencor.

—No seas boba, criatura. Yo no puedo disgustarme con una muchacha tan fea como tú.

—Entonces, ¿vendrás?

—No. No iré ni quiero que me telefonees.

—¡Curt!

—Hemos de tener un poco de paciencia. Estoy metido en un asunto un poco raro y conviene que nadie sospeche nuestras relaciones. Hay mucha gente mala por ahí y no me perdonaría si te alcanzaran las consecuencias de mis actividades. No te inquietes ni te enfades. Adiós pequeña.

Le envió un beso y colgó el aparato para no oír las protestas de la linda muchacha.

CAPÍTULO VI

LA REDADA

Anochecía cuando Batterby salió de la cárcel con ánimo de realizar algunas gestiones. Estaba libre de servicio pero ello no fue obstáculo para qué hubiera pasado entre los muros la mayor parte de la jornada.

Neil, desde un bar próximo, a través de cuyos ventanales llevaba espiando varias horas, le vio y fue a su encuentro, fingiendo agradable sorpresa al verle.

—¡Caramba, amigo!

—Hola, señor Kasner…

—¿Viene usted de la Prisión?

—Efectivamente.

—¡Qué fuerte le ha entrado! ¿Es que se va a pasar la vida en ella?

Hizo Curt un ademán inocentón a la par que respondía:

—Me gustan las emociones y aquí las hay a granel.

—Eso, desde luego. Bien, ¿le place un *whisky*?

—Es usted demasiado bondadoso tratando con tanta deferencia a un modesto guardián.

—Ahora somos, sencillamente, dos amigos, iba a dar un vistazo por ahí dentro; aunque no siento su curiosidad, siempre que no tengo nada mejor que hacer vengo unos minutos. Hoy renuncio Prefiero, ya que nos hemos encontrado, que charlemos de cualquier cosa. Venga conmigo.

Cogió de un brazo a Batterby, haciendo alardes de simpática camaradería, y se lo llevó en dirección contraria al sombrío edificio de la cárcel.

Esforzábase en bromear y el muchacho le siguió la corriente,

desempeñando a las mil maravillas el papel de subalterno que se considera honrado con las distinciones otorgadas por su superior.

Penetraron en un establecimiento de bebidas, tomando asiento en taburetes junto a la barra.

Versó el diálogo sobre distintos temas, aunque pronto fue a parar a cosas de la Prisión y, concretamente, al desenterramiento de Daggett. Fue Neil quien lo sacó a relucir.

—Le aseguro —dijo—, que pasé un mal rato. A veces pienso que soy demasiado impresionable o sentimental para este oficio de carcelero más o menos distinguido. Me gustaría saber a quién se le ocurrió la idea de que ese pobre diablo hubiera podido ser víctima de un crimen.

El gesto de Curt pareció, más que de ingenuo, de idiota.

—¡Sí que fue un capricho macabro! Yo… no lamenté que me ordenaran asistir a la exhumación, pues peco de curioso; pero cuando empezó la cosa estuve a punto de echar a correr.

Rió casi neciamente. Kasner díjose que se encontraba en presencia, de un actor consumado.

De todos modos era inútil que uno a otro trataran de engañarse. Ambos tenían bien arraigadas sus sospechas y de nada servirían los respectivos disimulos.

De pronto Kasner miró el reloj de pulsera «distraídamente» y exclamó como si acabase de recordar algo importante.

—¡Demonio! ¡Ahora caigo en que tengo una cita en Chittenden, cerca del Hudson! ¡Vaya memoria la mía! ¡Y me consideraba hoy libre de todo compromiso! Esto es señal de que voy para viejo. Tengo que dejarle.

—No se preocupe por mí.

Abonó Neil el importe de lo consumido y abandonó con cierta lentitud el establecimiento.

Su intención al citar el sitio adonde pensaba dirigirse había consistido en tender el anzuelo. Si Batterby «picaba» y le seguía, no cabría ya duda de que le estaba vigilando, y, aquella parte de Chittenden, después de anochecido, era un lugar bastante a propósito para asesinar a una persona y huir; si no tomaba en consideración lo dicho, cabría seguir admitiendo la remota probabilidad de que fuera, efectivamente, un simple guardián de Prisiones entrometido y necio.

Miró con disimulo hacia atrás un par de veces sin descubrir a la persona que tanto le preocupaba, la cual, introduciéndose en la cabina telefónica, marcaba un número.

—¿Qué hay? —contestaron al otro lado del hilo.

Curt reconoció la voz de Pete Fagan, joven y simpático compañero de penas y fatigas, cuyo concurso tenía solicitado y concedido desde días atrás para aquella empresa.

—¿Eres tú, chavalote? —inquirió Batterby para cerciorarse más.

—Hola, tío grande. Sí, soy yo.

—Escucha. Lárgate ahora mismo a Chittenden, junto al Hudson. Nuestro «amigo» va hacia allá. Conviene que llegues antes y no le pierdas de vista.

—Conforme. ¿Pagarás tú las multas por exceso de velocidad?

—Y los vidrios rotos también. No te preocupes. Quédate por allí hasta que yo llegue… a menos que las circunstancias te aconsejen lo contrario. De todos modos, si hubieras de irte, vuelve al mismo sitio cuando puedas. Y colgaron los auriculares al mismo tiempo.

Un anciano de luengas barbas y amplio bigote, sombrero sin forma alguna y gabardina hecha jirones, hizo su aparición en la parte de Chittenden más próxima al río. Sujeto al cuello por dos cintas llevaba una especie de cajón rectangular repleto de cosas diversas: cordones para zapatos, hojas de afeitar, dentífricos, caramelos, cerillas.

Avanzó con paso torpe, cual si hubiera bebido más de la cuenta, y luego de abarcar los alrededores con una rápida mirada empezó a recorrer los establecimientos públicos, ofreciendo su mercancía. En el segundo de éstos encontró a Pete Fagan y se le dirigió preguntando:

—¿Desea algo, caballero?

—No, nada.

—Cómpreme aunque sea una caja de fósforos. Está la venta muy mala y no he sacado para cenar.

—Está bien; démela.

El vendedor cambió de tono:

—Veo que eres compasivo, animalote.

—¡Curt!

—¡Chss, baja la voz! Revuelve entre estas porquerías y dime mientras lo que haya.

Obedeció Fagan, diciendo:

—Kasner está en el café que hay frente a esta taberna. Puede vérsele desde aquí. Se ha sentado junto a una de las ventanas y otea la calle sin cesar. Se conoce que espera a alguien.

—A mí, probablemente. Bueno. Págame lo que has adquirido. No estaría de más que me dieras propina. Tú siempre has sido un chico espléndido.

—¡Qué fresco eres!

Hizo lo que se le indicaba.

—Gracias, caballero —exclamó Batterby en voz alta. Y enseguida añadió, cambiando de tono—: Debajo de este montón de caramelos está la llave de mi coche. Cógela; lo he dejado en Cabrini. Sitúamelo en Blayd. ¿Has traído el tuyo?

—Sí. Lo tengo cerca.

—Bien, me propongo seguir a Kasner. Cuando me veas hacerlo, echa detrás y extrema las precauciones.

Separóse de su camarada, quien se dio buena prisa en salir, llevándose la llave aludida. Fue él de mesa en mesa en busca de nuevos compradores, no faltando quien le adquiriese algunas chucherías. Luego se dirigió al mostrador, pidiendo una copa de *brandy*. Necesitaba hacer tiempo para que Pete cumpliese su orden. Finalmente tornó a la calle, encaminándose hacia Blayd. Su automóvil aguardaba ya. Comprobado esto, situóse en un punto que le permitía ver el café en cuestión, sin que su presencia resultara advertida.

Transcurrió otra media hora al cabo de la cual, Neil, persuadido de que su enemigo no se había ocupado de su persona, abandonó su observatorio, mirando en distintas direcciones en busca de un coche de alquiler. Cuando lo hubo encontrado, dio al chofer las señas de su casa en Sedgwick, junto al Dpt. Pl.

Iba malhumorado. Hubiera preferido cien veces confirmar plenamente sus sospecha y acabar cuanto antes con la pesadilla que ésta le significaba.

Aunque miró repetidas veces por el espejo no pudo advertir que se le seguía, pues las personas que se habían impuesto el trabajo de hacerlo eran de sobrada experiencia para mezclar sus vehículos con otros del tráfico y guardar la distancia que les permitiera no hacerse visibles ni perder al perseguido.

Kasner hizo detener el coche frente a su casa, donde lo despidió, internándose en la misma.

Instantes después, Batterby paraba también el suyo, aunque sin abandonarlo. Conservaba la caracterización, si bien se había despojado de la vieja gabardina y del astroso sombrero, substituyendo ambas prendas por otras en perfecto uso que, juntamente con más cosas, llevaba ocultas en el asiento trasero del vehículo. Púsose una corbata y se caló unas, gafas oscuras.

Por el azogado cristal retrovisor descubrió el automóvil de Pete, parado en la otra acera.

Batterby sabía de antes, que Kasner habitaba allí y en sus cálculos había entrado la conveniencia de efectuar un registro, si bien no lo resolvió aún, pues le constaba que, generalmente, los malhechores no suelen guardar en sus domicilios cosas comprometedoras.

Admitió como probable que Neil se hubiera retirado a descansar, en cuyo caso él estaba perdiendo el tiempo; pero era demasiado temprano para que un hombre de las actividades que suponía a aquél se recogiese, y decidió revestirse de paciencia, obligando a Fagan a que le imitara.

Estuvo acertado. La espera no duró arriba de cuarenta minutos. Al cabo de ellos, Neil reapareció, encaminándose enseguida hacia un garaje próximo, donde, entre otros, guardaba su propio coche. Salió del local, ya al volante.

El discreto seguimiento por parte de los agentes del
F. B. I.,
se reanudó.

Cerca de Magaw, Kasner echó pie a tierra, guardóse la llave de contacto y penetró en una casa de tres pisos, cuya puerta abrió sin llamar previamente.

Curt y Pete hicieron alto también. Este último, dominado por la impaciencia, sintió el impulso de adelantarse y hacer algunas preguntas a su compañero, pero se dominó observando que Curt no salía del vehículo.

Con intervalos no muy grandes fueron llegando al mismo edificio distintas personas que penetraban como Neil lo hiciera: sin pulsar el timbre para que les abriesen. Entre éstas, Batterby reconoció al doctor Allan Shanon y a Spangler Maison. Tardó

algunos minutos en recordar que había visto a éste en la conferencia del Ateneo científico.

Una sonrisa de satisfacción dibujóse en sus labios. Le había acompañado la suerte.

Saltó del «baquet» y fue hacia donde Pete esperaba.

—Hola, mastodonte —dijo asomando la cabeza por uno de los lados.

—¡Chico!… ¡Cualquiera te pide ahora una caja de fósforos!

—Escucha: voy a meter las narices en esa casa.

—¡A ver si te las rompen!

—Sería una lástima, porque no tengo otras. Procuraré conservarlas. Bueno, ve a cualquier teléfono y ponte en comunicación con el viejo Doyke. Dite lo que voy a hacer y añádele que avise a la Policía para que rodee esa casa, pero discretamente, sin anunciarse con sirenas y adoptando lugares estratégicos. Mira tu reloj. Si transcurre media hora a partir de este minuto y yo no he salido, entráis todos y detenéis a diestro y siniestro.

—Oye, transformista, ¿no será mejor que esperes a que dé el aviso y vuelva para que entremos juntos?

—No. Me haces falta aquí, controlando a la Metropolitana. Además, un hombre sólo pasa más inadvertido que si va acompañado.

—¡Qué gran descubrimiento!

—Cómo te burles, te rompo los dientes.

Y se alejó protestando bajo mientras Batterby se retiraba en dirección opuesta. Quedó éste en acecho durante varios minutos por si veía aparecer algún otro «invitado». Como no ocurriera así, maniobró en la cerradura hábilmente. No tuvo que esforzarse. La entrada quedó libre. Supuso que esperarían a alguien más y que debido a ello no habían asegurado la puerta.

Encontróse en una especie de recibidor poco iluminado, pues sólo había encendida una de las varias lámparas eléctricas, y cuyo mobiliario acusaba lujo. Recios cortinajes de terciopelo rojo cubrían las puertas. A Curt habíanle molestado siempre las cortinas, hasta el punto de recibir la sensación de que en todo momento hay alguien oculto tras ellas. Lo primero que hizo, pues, fue correrlas con cuidado. Hizo girar pomo tras pomo y examinó el interior de las vacías habitaciones. Volvió al punto de partida. Hacia la izquierda

arrancaba una espléndida escalera de mármol, alfombrada como todo el piso, por lo que subió sin pronunciar el más pequeño ruido.

Llevaba la mano derecha en el bolsillo de la gabardina donde previamente había colocado la pistola.

Llegó a un pasillo ancho y más bien corto en el que divisó tres puertas.

Vacilaba Curt sobre cual elegir primero, cuando unos pasos obligáronle a introducirse en la estancia que tuvo más cerca.

A través de la rendija vio cruzar a un sirviente portando una bandeja con varias botellas vacías, el cual bajó la escalera.

Aquello significaba un obstáculo. Lo más probable sería que el sirviente continuase danzando por allí, siempre en espera de órdenes y haciendo imposible con su presencia que ningún extraño se acercase al sitio de la reunión.

Poco después, el apagado ruido de pisadas sobre la alfombra tornó a percibirse. El doméstico volvía con nueva provisión de botellas. Se metió en la habitación del centro, entornando tras sí. Batterby salió de su escondite, y, acercándose, oyó cómo aquél llamaba con los nudillos y solicitaba autorización para pasar.

Aguardó Curt unos momentos y luego penetró en aquella sala, a cuyo fondo había otra puerta, sobre la cual caían también cortinajes, si bien estaban ligeramente corridos hacia uno de los extremos. El agente los eligió como escondite provisional. Pronto reapareció el criado, diciendo:

—Sí, por aquí estaré. Ya me informarán luego de lo que se acuerde.

Tales palabras hicieron comprender a Curt que aquel hombre, fuera o no de la servidumbre, pertenecía también a la organización. Viole cruzar a treinta centímetros de él y dirigirse hacia la salida. No podía perder tiempo. Se confió a su buena suerte. Tomando la pistola por el cañón, avanzó de puntillas. Si el otro, sintiéndole, volvía la cabeza, se produciría la alarma, naturalmente. Pero le alcanzó en el momento de salir al pasillo y un seco golpe en la cabeza le privó del sentido en el acto. Apresuróse a recogerle antes de que llegase al suelo y lo introdujo en uno de los cuartos, dándose buena prisa en ponerle una mordaza y atarle de pies y manos con los cordones de las cortinas.

Aquel buen principio del trabajo le hizo respirar a gusto.

Volvió junto a la puerta que le separaba de los reunidos y miró por la cerradura, aplicando enseguida el oído a la misma.

Era Allan Shanon quién estaba en el uso de la palabra:

—Sí; fue una suerte que mi amigo el forense, ajeno a la intención que me guiaba, me invitase a la exhumación del cadáver y que todos aceptasen como bueno lo que yo dije. Ya está bien. No pertenezco ni quiero pertenecer a vuestra banda y solicito que se me deje en paz.

—Lo lamentamos, doctor —contestó Spangler, cuyo rostro observó Curt un momento—. No es usted, sino el jefe quien ha de decidir.

—Pues ¡que decida de una vez! Expónganle este deseo mío o díganme quién es para que yo se lo suplique:

Rió Spangler:

—Es usted muy curioso, querido amigo. Sin formar parte de la organización, quiere saber más que muchos de los que la integran. No, no conocerá usted al jefe nunca. Yo le haré llegar sus pretensiones, aunque temo que, como de costumbre, responda con una negativa. Nos resulta usted muy útil y no podemos prescindir de sus servicios. Además… sabe demasiado, ¿no comprende?

—Esa razón carece de fuerza. Me tienen ustedes cogido y bien saben que, aunque quisiera, no podría delatarles nunca.

—De todos modos, es preferible que continúe, a nuestro lado. Le significaría un beneficio entregarse abiertamente a nosotros. Ahora tiene usted todas las desventajas que nos son comunes y ninguna compensación.

—Prefiero seguir así e insisto en que se me devuelva mi libertad.

—¡Allá usted! Puede retirarse cuando guste. Vamos a tratar de asuntos privados y ya que se empeña en no ser de los nuestros…

Batterby se retiró con rapidez, volviendo al pasillo y ocultándose en la estancia donde lo hiciera en principio. Poco después, el galeno cruzaba visiblemente nervioso y descendía la próxima escalera. Aguardó Curt hasta oír el ruido de la puerta principal al cerrarse, y tornó a su observatorio.

Cualquiera de las cosas que desde allí oía hubiera bastado para encerrar indefinidamente a aquellos hombres, e incluso para llevar a algunos a la silla eléctrica.

El tiempo se deslizaba veloz. Faltaban pocos minutos para que

terminase el plazo que indicara a Peter. Lamentó haberlo fijado tan corto.

No se había pronunciado el nombre del jefe. Tampoco se dijo nada que confirmase su sólida sospecha de que el asesino de Marcus Daggett había sido Neil Kasner. En cambio oyó a este insistir en los temores que le inspiraba el nuevo guardián de la prisión.

Aunque muy a disgusto, decidióse a salir para que la policía no tuviese que asaltar la casa.

Sin tropiezo alguno llegó a la calle. No se descubría alma viviente. Oyó pronto un ligero silbido que reconoció como de Peter y se dirigió hacia el punto de donde partiera.

—¡Menos mal que apareciste! —exclamó aquél—. Ya no me llegaba la camisa al cuerpo. Las fuerzas están distribuidas estratégicamente y esperando mis indicaciones. El viejo Doyke ha hecho las cosas bien. Todos los muchachos se muestran suaves como guantes y dispuestos a obedecer.

—Estupendo. Vamos junto a ellos.

Los policías, vestidos de paisano, estaban apostados, con el mayor disimulo posible, en las bocacalles adyacentes. Curt fue dándoles, uno por uno, la misma orden:

—Hay que detener a todos los que salgan de la casa, menos a Neil Kasner. Vosotros no le conocéis, claro, pero os bastará saber que es el dueño de aquel coche gris. No hagáis nada contra la persona que veáis ocuparlo. Conviene darle la sensación de que le ha favorecido la suerte.

Asaltaba a Curt el temor de que los enemigos hubieran descubierto al criado compinche que él dejara fuera de combate. Hizo votos porque no se le ocurriera a ninguno requerir los servicios de aquel hombre, ni concedieran atención al hecho de no verle. Difícil se le antojaba la cosa, pero…

Así sucedió, sin embargo. Los espías, siguiendo la láctica que emplearan al entrar, fueron abandonando a intervalos la sala de reunión, dirigiéndose a la calle sin parar mientes en los que les seguirían.

A medida que iban llegando a sus respectivos vehículos, encontrábanse con hombres que surgían de pronto, les encañonaban, amenazándoles con rellenarles el cuerpo de plomo si daban el menor grito, y les ponían las esposas, llevándoselos a un

lugar apartado donde quedaban bajo la vigilancia de un par de agentes.

El cuarto en aparecer fue Neil. Aproximóse a su automóvil sin advertir nada anormal, subió al «baquet», puso el motor en marcha y se alejó, completamente ajeno a lo que dejaba a sus espaldas.

Surgió Spangler Maison. Aprehender a éste resultó más difícil. Lejos de rendirse en el acto como los demás, dándose perfecta cuenta de lo que se le venía encima, desdeñó, desesperadamente, la amenaza de las pistolas y sus puños fueron a estrellarse contra los rostros de los dos policías que tenía delante.

De entre las sombras brotó la voz enérgica de Batterby:

—¡No le matéis!

Aquello le salvó la vida de momento. El tercer agente que le encañonaba, apuntó bajo al hacer fuego y le atravesó un muslo. Revolvióse Spangler, empuñando ya su pistola, pero un golpe en la nuca, asestado por un cuarto policía, le hizo caer como un fardo antes de apretar el gatillo.

Complicóse el ruido del disparo con el hecho de que los que permanecían aún en la casa acababan de descubrir al sirviente, el cual, recobrando el conocimiento, no acertaba a dar explicación concreta de lo sucedido. Miraba a todos con gesto estúpido, lamentándose del fuerte dolor que sufría en la cabeza.

Apenas iniciados los primeros auxilios, sonó fuera el pistoletazo.

Consultáronse unos a otros, llenos de desconcierto. A ninguno se les ocultó el peligro que les envolvía. Tras rápida consulta decidieron ganar la calle, si era posible, por la parte posterior del edificio.

El más decidido abrió la puerta pulgada a pulgada. No vio a nadie y se deslizó como una sombra. Más también por allí había, agentes ocultos, los cuales le atraparon sin darle tiempo a que se defendiera, apenas dobló la esquina. El espía que caminaba detrás dio la voz de alarma y desanduvo lo andado. Un balazo en la pierna le detuvo, obligándole a caer. Desde la casa contestaron ya a tiro limpio.

La verdadera batalla dio comienzo.

Atrancaron las puertas los malhechores, dispuestos a todo antes de entregarse.

Comenzaron a abrirse ventanas. Acudían los curiosos, si bien

apresurábanse a retroceder al darse cuenta del peligro.

—¡Hay que asaltar la casa! —tronó Batterby.

En unión de otros colaboradores, cuya contextura física era admirable, se dirigió a la entrada principal. Todos a la vez arremetieron contra las cerradas maderas, arrancándolas de sus goznes estrepitosamente.

Una rociada de balas pasó sobre ellos, más alta de lo que los enemigos hubieran, deseado.

Sin consultar con Curt, uno de los policías lanzó al interior la bomba de mano que llevaba preparada. El efecto fue casi decisivo. Saltaron los muebles por el aire, desprendiéronse las lámparas, el aire llenóse de humo y polvo.

Los espías, entre gritos de dolor y pánico, replegáronse hacia arriba. Algunos alcanzaron el tejado, consiguiendo escabullirse.

Curt, apenas lo permitió el ambiente creado por la bomba, penetró en la casa, pistola en mano. Le siguieron varios policías. La escalera veíase desierta, pero subirla, como no ofrecía puntos de resguardo, significaba serio peligro, pues era de esperar que hostilizasen desde las habitaciones superiores. Batterby no se entretuvo en ponderar el riesgo.

—¡Tirad sobre el que aparezca en lo alto! —gritó a los suyos. Y a grandes zancadas subió los peldaños, salvándose milagrosamente de dos disparos que le hicieron desde la habitación central, sin que el autor de los mismos asomase la cabeza. Respondió a ciegas él en igual forma, pero no oyó nada que acusase haber acertado. Los policías precipitáronse también escaleras arriba y regaron de plomo la estancia en cuestión.

—No estaría de más otra bombita ahí dentro —propuso Peter, que acababa de incorporarse al grupo.

—¡De ninguna manera! —atajó Curt, al propio tiempo que abría la puerta de par en par.

No había nadie en el interior. El enemigo acababa de subir al piso tercero con ánimo de ganar el tejado como viera hacer a otros.

Dirigióse Batterby, seguido de Pete, a la gran sala donde la reunión de los espías tuvo lugar. Estaba cerrada por dentro. Trataron de forzarla. Era muy resistente y hubieron de acudir varios muchachos en su ayuda. Cuando la puerta comenzó a ceder, alguien gritó con acento que hacía pensar en que la voz fuera de un loco:

—¡Atrás todo el mundo!

Los asaltantes percibieron olor a papeles quemados.

—¡Están destruyendo cosas que, seguramente, nos interesan! —se lamentó Curt. Y descargó una vez más el peso de su cuerpo sobre las maderas que cedieron al fin derribadas. El muchacho rodó dentro. La caída le salvó, pues las balas le pasaron por encima. El que acababa de lanzarlas— ingeniero prestigioso, dueño de la finca, —se derrumbó con un boquete entre los ojos abiertos por un certero tiro de Pete Fagan.

Ardían montones de papeles. Curt y sus colaboradores corrieron hacia los mismos y los pisoteaban, logrando salvar de las llamas trozos escritos, que podrían resultar de importancia.

Mientras registraban los muebles buscando nuevas cosas útiles, en lo alto agudizóse el tiroteo. No se entretuvieron, pues, mucho, en examinar lo que encontraban sino que, a una indicación de Batterby echaron todos escaleras arriba, deseando acabar cuanto antes.

Nadie quedaba en las habitaciones superiores. Toda la lucha centrábase ya sobre el tejado. Los policías, habiéndose dado cuenta de cómo el enemigo valíase de aquel medio de huida, lanzáronse en su persecución subiendo por varias casas a la vez, mientras los compañeros, desde abajo, hostilizaban a los que se afanaban en escapar.

La ayuda aportada por Curt, Pete y sus amigos, los cuales se anunciaron con gritos y señas, resultó oportunísima. Los malhechores que no habían conseguido fugarse, viéronse cercados y aunque hubo quién se arrojó a la calle, estrellándose, y quién buscó y halló la muerte prolongando una resistencia inútil, los demás se entregaron.

Todo estaba concluido, al parecer. La redada, aunque no completa, había resultado satisfactoria.

Pete hubo de ceder su coche a la policía, ya que los detenidos no cabían en los vehículos oficiales, y se encaró con Curt:

—Tío fresco, por respeto, sin duda, a esas barbazas y a esos bigotes, te dejan en posesión de tu automóvil; lo menos que puedes hacer es llevarme a casa.

—Por una sola vez y sin que sirva de precedente —respondió Batterby—, te voy a complacer, Anda, sube.

Fagan no se hizo repetir la invitación.

—¿Adónde vamos? —quiso saber, viendo que su camarada tomaba una dirección opuesta—. ¿No sabes que yo vivo…?

—No me importa donde vivas. Quiero que me acompañes a la Jefatura del «Federal Bureau».

Protestó Pete:

—Oye, tú, déjame tranquilo, que ya he danzado demasiado esta noche. No tengo ninguna gana de verle la cara al viejo.

—Pues cierras los ojos. Te has portado como un jabato y quiero que el jefe te felicite.

—¡Renuncia a ese propósito o me apeo en marcha! Pues ¡sí que tiene importancia lo que he hecho!

—Si no llegas a perforar la frente de aquel tipo con tanta oportunidad, a estas horas… «estarías hablando con un cadáver».

—¡Vaya por las veces que has sido oportuno tú conmigo!

—Está bien, no te echaré piropos, pero no me dejes. Yendo juntos a informar del servicio, el jefe me soltará antes.

—¿Piensas todavía hacer algo antes de irte a dormir?

—Pues… sí. He pedido a uno de los muchachos que vigile discretamente la casa de Neil Kasner; me ocuparé de que le sustituyan; yo mismo consumiré un turno de vigilancia.

—Oye, a propósito de Kasner: ¿por qué diablos has querido que se le deje en libertad?

—La explicación es bien sencilla, muchacho: seguimos sin saber quién es el verdadero jefe de la banda; es necesario que cualquier persona de confianza de la misma nos conduzca a él, y para ello se impone que esté libre.

—Pero… el hecho de elegir precisamente a Neil…

—No olvides que somos «compañeros en el cuerpo de Prisiones» y es lógico que le proteja.

—Bueno, allá tú.

Fagan lanzó la exclamación con cierto disgusto Batterby acentuó su risa:

—No te enfades, mastodonte. Todo se reduce a que quiero escudriñar el comportamiento que Neil observa en la cárcel con los detenidos de esta noche, Cabe en lo posible que sostengan conversaciones y que estas contribuyan a orientarme.

Llegaron por fin a presencia del «viejo», como cariñosamente llamaban al jefe del

F. B. I.
en Nueva York, quien escuchó atentamente el informe del importantísimo suceso y estuvo, juntamente con los jóvenes, examinando la documentación que pudo ser salvada.

Aquella misma noche se cursaron órdenes para detener a distintas personas de otros Estados de la Unión, cuya responsabilidad en la red de espionaje quedó patente a la vista de los papeles sometidos a estudio.

Entre tanto Curt y Pete trasladáronse a Sedgwick, junto al Dept. Pl, pues el segundo no quiso abandonar al primero en lo que quedaba de noche.

—¿Nada? —preguntaron al policía que vigilaba.

—En absoluto.

—Bien. Gracias por su colaboración.

La vigilancia resultó inútil. Neil, totalmente ajeno aun a lo ocurrido, dormía con toda la tranquilidad que permitíale su conciencia embotada, vacía de remordimientos.

Cuando apuntó la aurora, Batterby y Fagan decidieron retirarse. Si en el transcurso de la noche la persona vigilada no había intentado huir, menos lo pretendería, probablemente, a pleno sol. De todos modos en evitación de sorpresas, hicieron que un policía de los que la pasada noche vieran a Kasner partir en automóvil, y que veíase capaz de reconocerle, quedase allí y siguiera al interesado adonde quiera que fuese, si el sitio elegido no era la Prisión Central.

CAPÍTULO VII

MANIOBRA SIN ÉXITO

Neil se presentó en la cárcel, como de costumbre, con aire de fastidio y penetró en el despacho de la jefatura a tomar posesión del servicio.

El otro ayudante comentó, mientras cambiaba el uniforme por la ropa de calle:

—Anoche tuvimos jaleo.

—¿Sí? ¿Qué pasó?

Hizo la pregunta sin concederle importancia, bien ajeno a lo que iba a escuchar.

—La Policía dio un buen golpe en Magaw. Parece que se trata de tipos de cuidado: espías o algo por el estilo.

El miserable abrió los ojos desmesuradamente y se quedó sin aliento. Afortunadamente para él, su compañero de oficio concedía suma atención a hacerse el nudo de la corbata y continuó hablando, sin mirarle:

—Algunos fueron cazados a tiros, según dicen, y están arriba, en el hospitalillo; otros ocupan ya sus celdas. Creo que hubo también algunos muertos.

—¡Ah!

La exclamación brotóle apagada, sin tono. Realizó un esfuerzo extraordinario para dominarse y lo consiguió a medias. No obstante, su interlocutor dióse cuenta de que algo anormal le sucedía.

—¿Se encuentra usted enfermo?

—No… no… ¿por qué me lo pregunta?

—Tiene mala cara.

—No he dormido bien.

Kasner quedó solo al fin y se dejó caer en una silla, hundida la

frente en las manos. Notábase el cuerpo inundado de sudor frío, y la cabeza como si le hubieran golpeado fuertemente.

Decidióse a mirar el registro de entrada. Sabía lo que iba a encontrar, pero acarició un vestigio de esperanza. ¡Si todo fuera una casualidad!… ¡Si se hubiera tratado de simple coincidencia y en Magaw hubiera habido otro centro de espionaje!

Pronto se desvaneció aquella idea: los nombres de muchos de sus compinches estaban allí. Claro que faltaban bastantes, algunos de los cuales estuvieron con él reunidos la noche anterior; pero… acababa de oír que también hubo muertos; ¿no serían todos los que no figuraban en el libro, con su sola excepción? Y en caso afirmativo, ¿cómo y por qué pudo salvarse? ¿Casualidad?… ¿Buena suerte?

La figura de Curt Batterby acudió a su cerebro con persistencia torturadora.

Llamó otra vez a su voluntad con ahínco y pudo, al cabo de algún tiempo, enmascarar el estado de ánimo.

Se reintegró a sus obligaciones, si bien con frecuencia miraba a todas partes receloso, temiendo, de un momento a otro, pasar de carcelero a recluso.

Tentado estuvo repetidas veces de emprender la huida, pero lograba contenerse ante el miedo de descubrir lo que acaso no se hubiera descubierto aún. ¿Por qué no aceptar que nadie hubiese reparado en su persona y que, por lo tanto, no se le relacionase en absoluto con el suceso?

De pronto se mordió los labios y respiró con fatiga: Curt, no obstante hallarse libre de obligaciones, estaba allí.

No se le ocultaba que en días anteriores el nuevo guardián, llevado por su afición al cargo, según manifestara, acudió a la cárcel; pero…

Deliberadamente fue a su encuentro con el propósito de escudriñarle.

—Hola, muchacho.

—Buenos días, señor Kasner.

Su mirada era ingenua, su expresión sencilla.

El asesino se tranquilizó en parte diciéndose que era punto menos que imposible una ficción tan perfecta.

—¿Por aquí otra vez, sin corresponderle?

—Sí; todavía no me he cansado. Por cierto que, según me han dicho al entrar, hay nuevos «invitados»… y de importancia.

—Eso tengo entendido.

—¿Los ha visto usted?

—Aun no.

—Yo me siento un poco curioso. Creo que nunca en mi vida he visto un espía.

—¿Cómo sabe usted que éstos lo son?

—¡Toma!, porque lo he oído por ahí.

—Sí, comprendo… No tardará en satisfacer ese capricho. Aunque están incomunicados, para nosotros como es lógico, no cuentan las incomunicaciones.

—Me lo figuro.

Pretendiendo bromear, añadió Neil:

—Va a sufrir una decepción ¿sabe?… Los espías no suelen diferenciarse, por lo menos en lo físico, de las demás personas.

Se alejó, haciendo un ligero saludo con la mano.

«No, no es posible que este hombre esté mezclado en el asunto —repetíase en su afán de cobrar confianza. Mas no por ello dejaba de considerar a Batterby un enemigo a quien procedía no perder de vista y hundir en la primera ocasión».

A medida que pasaban las horas sin que nadie le molestase, iba Neil respirando más a gusto y admitiendo como cierto que le habían creído al margen de la nefanda organización.

Spangler como los demás heridos en la redada, había sido instalado en el hospital de la cárcel, ocupando cada uno su habitación respectiva, guardadas todas por gruesos barrotes y vigiladas por los empleados del establecimiento.

—Ya les han levantado la incomunicación —dijo Match Wilder a Batterby, como si le descubriera una gran cosa.

—¿De veras?

—Como lo oye. Hoy saldrán al patio. Los procesos se han incoado con extraordinaria rapidez. Parece que los encartados negaron en principio tener parte alguna en la organización de espionaje; pero incurrieron en contradicciones y, al final, hubieron de rendirse ante las pruebas representadas por ciertos documentos chamuscados. El único que, según mis noticias se ha mantenido firme y hábil, es ese Spangler Maison. ¡Debe ser un tío de

campanillas!

Curt reía hacia adentro oyendo al guardián informarle de lo que tan a fondo sabía él.

Añadió Wilder:

—Si por mí fuera, todos irían a tostarse en la silla:

—¡Caramba!

—Como lo oyes. No tengo malos sentimientos, a pesar de ganarme la vida en este oficio; pero con los espías es que no puedo. Todos los castigos me parecen pocos.

Batterby hizo un gesto ambiguo. Contaba con que la mentalidad de su «compañero» no era la más a propósito para digerir complejidades, pero no pudo resistir la tentación de exponer lo que sentía sobre tal problema y lo hizo empleando términos de fácil comprensión.

—El espionaje no debería existir. Su misión es verdaderamente terrible. Con frecuencia es más catastrófico el informe de un espía que la acción de un cuerpo de ejército en campaña; pero… mientras no cambie la estructura del mundo, las naciones seguirán considerando indispensables los servicios de esas personas que se lo juegan todo… por dinero, a veces, por amor patrio otras… No debemos incurrir en el apasionado error de que los espías contrarios son unos canallas abominables y los nuestros unos ángeles sin alas. Ahora bien; hay espías… y espías. Los que se juegan la piel cada hora y rehúyen el crimen, deben ser considerados como una «casta especial» y merecer el mismo concepto, pertenezcan al país que pertenezcan; en cambio, los que para conseguir sus fines apelan al asesinato como cosa natural, son, simplemente, criminales que en cualquier otra actividad hubieran demostrado sus perversos instintos.

Match se rascó la cabeza por encima de la gorra de uniforme. Aquello se le antojaba muy complicado. Miró al que le hablaba con cierta reserva e inquirió:

—¿Quiere usted decir que un espía alemán, japonés o chino, por ejemplo, es lo mismo que uno norteamericano?

—Exactamente igual.

—¡Eso no es posible!

Curt soltó la carcajada y el carcelero le atajó:

—¡No se ría! ¡Maldita la gracia que tiene la cosa! Es más…

¿Sabe lo que pienso?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Pues… que con esa manera de expresarse se hace usted sospechoso.

Hizo ademán de retirarse, pero se detuvo al advertir que su interlocutor seguía riendo con todas sus ganas.

«Ha bromeado» —pensó, no ocurriéndosele otra explicación posible. Y consideró natural sonreír a su vez, al menos para ponerse a tono.

—Me gustaría saber —añadió—, en vista de lo que dice, lo que opina de estos que tenemos encerrados.

El joven agente se puso serio.

—Éstos —repuso—, son de lo más repugnante, que puede concebirse, porque laboran en contra de su propia patria en beneficio de una potencia extranjera que ha comprado sus conciencias —si alguna vez las tuvieron—, a peso de oro.

—¡Así se habla! ¡Muy bien dicho! ¡Deme usted la mano! Lo otro no lo he comprendido del todo bien, pero esto lo entiendo perfectamente. ¡Sí, señor; estos tipos no merecen ni la saliva que se desperdiciaría en escupirles!

Y satisfecho de sus palabras se dirigió a los locutorios, pues iban a comenzar las visitas.

Transcurrieron algunas jornadas sin que nada anormal sucediese. Batterby observaba a Kasner dentro y fuera de la prisión, a cuyo efecto, Pete le prestaba valiosa ayuda. El interesado, aunque no pudo adquirir la certeza, tuvo la sensación de que existía tal vigilancia y se comportaba de modo irreprochable, en espera de «su oportunidad», absteniéndose de reanudar el contacto con ninguno de los secuaces que habían quedado libres.

Incluso —cuando pasaba por el patio, cerca de los espías reclusos, desviaba la vista hacia otra parte, temeroso de que pudieran hacerle una imprudente seña.

Presenció, sin embargo, uno de los cacheos —cosa que raramente hacía—, y encontró el modo de deslizar al oído del compinche que tenía más cerca:

—Sean prudentes. No se les abandonará. Circule la voz.

No tenía nada en qué basarse al hacer tal promesa. Se expresó al impulso por el miedo de que alguno le creyese traidor y llegara a

delatarle.

Spangler, convaleciente ya de la herida, fue trasladado a una celda ordinaria.

Su actitud continuaba siendo fría, hermética. Miraba con desprecio a sus guardianes y en sucesivas declaraciones supo mantenerse firme, sin que se le escapase una sola palabra que pudiera contribuir al descubrimiento del jefe, aspiración máxima del
F. B. I.,
en aquel asunto.

Curt tuvo una sencilla idea, que admitió podía dar práctico resultado, y se introdujo en el despacho de Rudyard, procurando no ser visto.

—Bien, ¿qué se le ha ocurrido?

—Hable.

—He pensado en la conveniencia de despertar en Spangler Maison la desconfianza hacia sus compañeros, el miedo a que le asesinen.

Rudyard hizo un gesto desabrido.

—¿Opina usted que tenemos pocas complicaciones y desea aumentarlas?

—Perdone. Mi único propósito es no dejar nada por hacer en beneficio de lo que nos interesa.

—Bien, ¿qué se le ha ocurrido encaminado a tal fin?

El joven expuso su proyecto. En principio quiso oponerse el director, pero ante la insistencia del muchacho tuvo que dar su consentimiento.

La estratagema tuvo lugar aquella misma tarde.

A Spangler, dada su situación de convaleciente, se le servía la comida en la celda.

Dos presos, como de costumbre, llegaron portando los grandes calderos. Otros dos eran los depositarios del pan. Tras los cuatro, uno de los guardianes.

El espía, sin despegar los labios, recogió la no muy apetitosa cena y quedó firme hasta que le dejaron solo y oyó el chirriar del cerrojo al correrse.

Empezó a comer lentamente. Partió el pan por el centro, como hacía siempre. Un pequeño trozo de papel apareció a su vista. Sin

precipitaciones lo fue desarrollando y leyó:

> «Tenga mucho cuidado. Se hace imprescindible no dormir siquiera. El jefe teme que nos vayamos de la lengua descubriendo cosas que no figuran en el sumario y ha decidido que corramos la misma suerte de Marcus Daggett.
>
> »Cabe en lo posible que sea el propio Kasner el comisionado para segar nuestras vidas. Esta confidencia nos ha llegado de la calle. Si se le ocurre darnos alguna orden o consejo, no lo demore, pues ya comprenderá nuestro estado de ánimo».

No había firma.

Spangler retiró el plato y quedó hondamente pensativo. Luego dio comienzo a una serie de paseos, como de fiera enjaulada. Por último, habiendo adoptado una resolución, tomó papel y lápiz, poniéndose a escribir. Lo leyó afanosamente. Cuando lo estaba haciendo, sonó otra vez el cerrojo, descorrido en un segundo; se abrió la puerta y Match Wilder, acompañado de otro guardián, penetraron empuñando pistolas.

Spangler se incorporó de un salto, llevándose ambas manos a la espalda.

—¡Traiga ese papel!

—¡Entréguelo sin destruirlo o lo acribillamos!

El recluso rechinó los dientes.

—Se trata de una cosa íntima —dijo.

—Pues ahora va a perder su intimidad.

—No sé hasta qué punto tienen derecho…

—¡Menos palabras y obedezca!

Alargó el plieguecillo. Match se lo arrebató materialmente y se puso a leerlo mientras el otro guardián continuaba encañonando a Spangler.

A medida que sus ojos recorrían las líneas, se iba poniendo pálido, furioso.

Decía el papel:

«*Ilustres esbirros*: el hecho de que ustedes sean idiotas no les autoriza a pensar que yo también lo soy. He hecho una bonita comedia, ¿verdad?… ¿Imaginan que no me he dado cuenta de que

esto es una añagaza y de que me estaban observando por el “chivato” de la puerta mientras escribía? Ahórrense las maniobras para conseguir que “cante”. No soy tenor».

—¡Tenor, no —rugió Match—; pero un tiparraco odioso a quien le voy a partir la cara, sí!

Maison, que reía abiertamente ya, retrocedió unos pasos, diciendo:

—Conténganse, carceleros insignes, y lleven esa nota al que les envía. Seguramente no ha sido en la mollera de ustedes donde se ha cocido esa ideica.

El acompañante de Wilder leyó a su vez los burlones renglones y se mostró más indignado aunque éste. Cerrados los puños como mazas, avanzó hacia el preso, dispuesto a castigarle hasta quedar satisfecho.

—¡Howard! —gritó una voz desde la puerta.

El carcelero así llamado, como igualmente Match, volviéronse sobrecogidos: era el propio Rudyard quién acababa de aparecer.

—¡Señor director!…

—¿Qué sucede?

—Éste… recluso, se ha permitido burlarse de nosotros.

—Protesto, señor director —dijo Spangler, sencillamente—. No les he dicho una palabra. Me he limitado a distraerme escribiendo unos renglones que ellos me han arrebatado.

Rudyard tomó el pliego que el guardián le tendía y, sin leerlo, se lo guardó en un bolsillo.

—¡Vamos! —ordenó.

Abandonó la celda. Los subalternos le siguieron, cerrando tras sí. Lo sucedido les había dejado atónitos Era aquélla la primera vez que el director se presentaba inesperadamente en una celda.

—Continúen su servicio —ordenóles Rudyard. Y, por su parte, se encaminó al despacho donde no tardó en entrar Batterby.

—Vea el resultado de su «ingeniosa» treta —díjole a la par que le entregaba lo que escribiera Spangler.

—Es un hombre muy listo… demasiado listo… —comentó el joven, después de leer las burlonas líneas—. Dígame, por favor: ¿cuántas personas había enteradas de lo que nos proponíamos?

—Pues… nosotros… los guardianes a quienes di la orden de observar lo que ocurría…

—¿Nadie más?

—Bueno… también se lo dije a mi ayudante…

—¿Al señor Kasner?

—En efecto.

—¡Ya!

—¿Qué insinúa? Vuelve usted a mostrarse extraño con relación a ese hombre.

—Perdone. Me limito a lamentar que el asunto haya salido de nosotros.

—Ya le dije en cierta ocasión que el señor Kasner es persona de mi absoluta confianza.

—Pero no tanto de la mía, señor director. Confiaba en que hubiera atendido mi ruego. Bien… un fracaso más. ¿Qué vamos a hacerle? ¿Puedo retirarme?

—Sin la menor duda.

Abandonó la estancia. Oculto en el antedespacho encontrábase Neil. Sus pupilas eran como puñales, que por desgracia para él, no podían atravesar la espalda de su enemigo.

Si antes estaba resuelto a perpetrar aquel crimen, ahora su resolución había cobrado imponderables bríos. Era necesario actuar pronto enseguida, costara lo que costase.

CAPÍTULO VIII

UN AUTOMÓVIL BORRACHO

Sonó el timbre del teléfono en el domicilio de Neil quien, hallándose en el pequeño despacho, apresuróse a coger el auricular.

—¿Tengo el honor de hablar con el genial señor Oppein? —le preguntaron.

Kasner sufrió una leve sacudida nerviosa. Era la voz del jefe supremo la que había pronunciado el comienzo de la consigna dada poco antes del asalto a la casa de Magaw consigna que, en virtud de los acontecimientos, no había sido substituida aún. El apellido Oppein no existía más que en la imaginación de los espías a los efectos de darse a conocer si lo requerían las circunstancias.

—El genial señor Oppein —repuso—, hace ahora lucubraciones sobre sus nuevos estudios.

—En tal caso no le moleste. ¿Sabe si se alivió de su neuralgia?

—Un poco.

—Una consulta con el sabio doctor que le ha visitado otras veces le resultaría muy beneficiosa. ¿Por qué no le sugiere que vaya esta tarde a las siete? Yo soy el ayudante de dicho doctor.

—¡Ah, muy bien! Lo intentaré con el mayor gusto.

Colgaron.

Kasner quedó pensativo. El jefe le citaba aquella tarde a las siete. ¿Debería alegrarse o abrigar temores? Por un lado, deseaba recibir pronto órdenes que le permitieran saber a qué atenerse; por otro, le asaltaba el miedo a que su «buena suerte» hubiera sido mal interpretada y se le proporcionase algún serio disgusto.

Llego al núm. 36 de Buchnan Pl., donde ya había estado otras veces, aunque con largos espacios entre visita y visita, y, entrando

en el ascensor, se hizo conducir al piso quinto. Salió a, recibirle un viejo criado de venerable aspecto el cual, aun habiéndole reconocido, preguntó, respetuosamente:

—¿Desea?

—Vengo a la consulta especial.

—Sígame, por favor.

Precedió a Neil a lo largo de un pasillo hasta llegar a una acristalada puerta que abrió, retirándose enseguida.

Encontróse el visitante en una extraña habitación de forma octogonal, sumida en la penumbra que generaba una invisible luz azul. Había, en el centro una alargada mesa. En amplios sillones colocados a derecha e izquierda de la misma acomodábanse ya varios hombres que respondieron casi en susurro al empleado de prisiones.

Tratábase de los miembros de la banda que escaparon a la redada de Magaw o que tuvieron la suerte de no haber asistido a la tal reunión.

Tomó asiento Kasner y guardó silencio como los demás.

Fueron llegando otros individuos que se comportaron de igual manera.

Por fin, la estancia se fue iluminando progresivamente hasta ser bañada por, claridad esplendorosa. Y entonces, desde una habitación contigua, totalmente a obscuras, sobre cuya puerta caía una ligera cortina negra, sonó la voz del jefe:



Sonó la voz del jefe.

—Buenas tardes, señores.

Le contestaron con inclinaciones de cabeza, seguros de ser vistos, y aquél añadió:

—Me satisface tenerles cerca, si bien lamento que la adversidad haya impedido asistir a otros muchos. No les he convocado hasta

hoy porque las aguas han estado muy revueltas y tanto a ustedes como a mí nos convenía un período de inactividad. El peligro subsiste, claro; más empieza a decrecer su efervescencia, aunque algunos de ustedes se encuentren aún muy cerca del mismo, y no podemos permanecer quietos, totalmente quietos, sin intentar algo en pro de los que han tenido la desgracia de caer en manos de los enemigos. Quiero oír las opiniones de todos y saber hasta qué punto se hallan dispuestos al sacrificio.

La oculta voz fue concediendo la palabra a cada uno de los asistentes quienes coincidieron en hallarse dispuestos a cuanto fuera preciso, sobre todo en el orden económico, para ayudar a los procesados. La idea de derrochar el dinero para comprar a los jueces fue la que más abundó.

Neil, cuando le llegó su turno, informó de lo sucedido en la cárcel, declarando haber comunicado a Spangler la estratagema proyectada para hacerle hablar y terminó diciendo:

—Si fallan las gestiones cerca de los jueces, cosa posible, pues no abundan los que se dejan comprar, me lo jugaré todo y suministraré pistolas ametralladoras a nuestros amigos. Llegada la fecha y hora que convengamos, les abriré las celdas, eliminaremos a la guardia y huiremos todos en los coches que deberán esperarnos en las inmediaciones de la prisión.

La audaz sugerencia produjo magnífico efecto. Dijo el escondido jefe:

—Me satisface que se haya expresado así, Kasner. No faltan entre nuestros colaboradores quienes, basándose en lo bien librado que salió la noche de la desgracia, abrigaran dudas acerca de usted.

Neil se removió en el asiento.

Agregó el que hablaba:

—Yo no he dudado nunca, tanto es así, que estoy dispuesto a elevarle al cargo que ocupaba Spangler Maison y a nombrar esta misma noche a quien le substituya a usted. Su proposición, aunque desesperada, es digna de tomarse en cuenta para el caso de que fracase todo lo demás. Ahora bien: no le será posible ayudarnos como dice si antes no se elimina el riesgo que le acecha. Se ha preocupado usted de vigilar las andanzas de ese falso guardián de prisiones llamado Curt Batterby; pero no ha advertido que mientras lo llevaba a cabo sin conseguir nada satisfactorio, otras personas se

han preocupado de vigilarle a usted.

—Sin éxito, seguramente.

—No diría yo tanto. Me consta que antes de acudir a los sitios donde se le convoca, adopta precauciones.

—Desde luego. Hoy mismo, antes de venir, he tomado y dejado varios coches, recorrido trozos a pie.

—¿Hizo lo mismo la noche en que sufrimos la redada?

—¡Lo mismo!

Neil mintió al asegurar aquello, pero no vaciló en afirmarlo, seguro de que si confesaba su descuido lo pasaría mal.

—Le creo —admitió el jefe—. Sería, pues, alguna otra cosa la que se descuidó. Bien. Tornemos a Batterby. Desde que usted expuso sus primeros temores se le ha sometido a estrecha vigilancia y todo hace suponer que pertenece al «Federal Bureau». Por lo menos se le ha visto en compañía de gente afecta a este organismo.

Prodújose enorme silencio.

—Cuando esos sabuesos siguen una pista resulta casi imposible desorientarlos. Se impone, de momento, que ese hombre muera en un plazo no superior a veinticuatro horas. Los elementos del
F. B. I.,
suelen ser unos grandes enamorados de la gloria y, con frecuencia, no hacen extensivo lo que descubren ni a sus propios compañeros hasta que el éxito corona su trabajo. Si tenemos la suerte de que Batterby adolezca de tal defecto, cabe que nadie más sepa mucho de sus averiguaciones y, si cae, usted. Kasner, podrá seguir siéndonos muy útil y ocupar el puesto a que pienso ascenderle. Pensemos, por lo tanto en la mejor manera de eliminar enseguida ese escollo.

Expusiéronse opiniones diversas. Luego pasaron a abordar otros temas.

Curt llegó a su casa cerca de las diez de la noche y encontró a Peter Fagan esperándole con impaciencia.

—¡Gracias a Dios que has venido! Temí que te hubieran comido los lobos aun siendo tan duro de roer. He telefoneado a todas las partes donde creí pudieras encontrarte, sin resultado alguno.

Batterby sonrió elusivo. Ni siquiera a aquel gran camarada quiso decirle que se había permitido el placer de, caracterizado, pasar unas horas junto a Sally. La amaba mucho y, aunque él mismo le había aconsejado que no hiciese nada por verle, no pudo aquella

noche resistir la tentación. La escena entre los dos enamorados fue más bien agria, pues Sally se deshizo en protestas y Curt no se encontró con ánimo para prometerle huir de todo lo que significase peligro y consagrarse a su amor. Abstúvose, desde luego, de pronunciar una palabra sobre la índole de su profesión.

—¿No me contestas? —insistió Pete—. ¿Crees que con esa sonrisa de bobo puedo darme por satisfecho?

—A ver si te conformas, entonces, con una copa de *whisky*.

—Ponía doble y empezaré a pensarlo.

Batterby, mientras colocaba en la mesa lo ofrecido, inquirió:

—¿Hay algo de particular?

—¡Naturalmente! ¿Supones que me interesa tu cara lo bastante para venir a verla si no tuviera cosas que decir?

—Pues habla de una vez.

Apuró Fagan el contenido de la copa que acababa de serle servida y la tendió nuevamente a su compañero.

—Anda, llénala, no seas tan tacaño y escucha: «tu amigo» Kasner ha hecho esta tarde una visita curiosa. Primero realizó todo lo posible por despistar a quien se le hubiera ocurrido seguirle: tomó varios coches, recorrió trozos a patita…

—Pero no logró perdérsete, ¿verdad? ¡Eres muy grande!

Fagan torció la boca.

—No me felicites del todo.

—¿Se te escabulló?

—Cuando iba, no lo pudo conseguir, luego…

—Empieza por el principio.

—Conforme. Logré ver donde se metía y, como no me conoce, me colé con él en el ascensor. Se quedó en el quinto piso. Yo continué hasta el doceavo… y volví a la calle. Te llamé, entonces por teléfono, desde una cabina pública; no pudiendo localizarte, elegí un observatorio. Fueron llegando otras personas tildadas por nosotros como sospechosas y repetí el juego. Todas se quedaron en el quinto.

—Bien, pero ¿qué casa era ésa?

—La número treinta y seis de Buchnan Pl.

Batterby tomó el listín de teléfonos.

—No te molestes —atajóle Pete—. En el quinto piso de esa casa habita el doctor Frederic Hogson.

—¿El célebre hombre de ciencia?

—Ni más ni menos.

Curt quedó aturdido, Jamás le hubiera pasado por la imaginación relacionar al conferenciante sobre radioactividad con la banda de espías cuyo jefe buscaba ansioso.

Preguntó Pete, satisfecho del efecto producido:

—¿Qué te parece la noticia?

—¡Abracadabrante!

—Insistí una vez y otra en mis llamadas telefónicas para que decidieras, pues no quise actuar por mi cuenta toda vez que llevas tú el asunto. La última vez que regresé a mi observatorio, las personas en cuestión abandonaban la casa. Esperé un buen rato, pero Kasner no pareció. Seguramente salió de los primeros. El último fue el propio doctor Hogson. A falta de la persona que nos interesaba, eché tras ésta; le vi meterse en el Ateneo Científico… y me vine aquí.

—Ha sido un buen trabajo, Pete —declaró Batterby, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. No puedo culparte de que se te haya escabullido Kasner. Kasner.

—¡Claro que no puedes! ¡Estaría bonito que, encima…! Una cosa es que yo esté indignado conmigo mismo y no admita felicitaciones y otra que tú, el culpable inconsciente de mi fracaso te permitieras censurarme. Anda, échame otra copa y dime lo que te propones hacer.

Mientras complacía a su amigo, repuso Batterby:

—Lo primero de todo, hacer una visita a ese grande hombre.

—¿Con qué pretexto?

—Ya lo pensaré por el camino. Quiero dirigirle varias preguntas, mirándole fijo a los ojos.

—¿Te acompaño?

—No, no, prefiero ir solo. Vete a descansar, que te lo has ganado.

—Buena suerte —deseó.

—Gracias.

Minutos después se trasladaba Curt al Ateneo.

Científico donde preguntó por Frederic Hogson. Le buscaron inútilmente y acabaron diciéndole que había estado allí, en efecto, pero que acababa de salir. Tornó al volante, tomando el camino de

Buchnan Pl. Recibióle el criado majestuoso que horas antes atendiese a los espías:

—No, señor, el doctor no se encuentra en casa —respondió a la pregunta del visitante.

—¿Puede indicarme dónde se halla?

—¿Se trata de algún asunto de urgencia?

—Pues… sí…

—En tal caso, trataré de localizarle por teléfono. Pase, tenga la bondad.

Introdujo al agente en un recibidor pequeño.

—Siéntese, si gusta. ¿A quién debo anunciar, si encuentro al señor?

—Mi nombre le es desconocido.

—De todos modos…

—Robert Kiterman. Se trata de consultarle acerca de un tema científico. No hace falta que el doctor se moleste. Yo puedo ir donde esté, si quiere recibirme.

—Se lo diré así.

Salió el engallado sirviente, dobló el pasillo, que formaba un pronunciado recodo, y adentróse en otra estancia, encajando la puerta.

Tan pronto como hubo marcado un número en el aparato telefónico y cambiado la consigna con la persona que le respondiese, dijo:

—El hombre que tanto interesa se encuentra aquí. Ha dicho llamarse Robert Kiterman, pero le conozco bien por cuanto en determinadas ocasiones *se me encomendaron cosas cerca de él*.

Hubo una pausa brevísima, al cabo de la cual, el falso doméstico oyó:

—Supongo sabrá lo que conviene.

—Me lo figuro, pero he querido consultar…

—Proceda de forma que yo quede satisfecho.

—Lo procuraré.

Dejó el auricular en el soporte y, yendo a una mesa próxima, sacó un puñal de uno de los cajones, escondiéndoselo en la manga.

Nunca hubiera supuesto que su breve diálogo fue escuchado por Batterby y su maniobra vista por el mismo a través de la cerradura.

El joven elemento del

F. B. I.,
tenía demasiada inteligencia y era lo suficientemente experto para dejarse engañar sin trabajo, y había seguido al malhechor con su habitual sigilo.

En dos zancadas y sin que sus pasos sonasen dobló el recodo penetrando en la habitación donde el pseudo doméstico le dejase.

—El señor vendrá enseguida —entró éste diciendo, al observar que la presunta víctima se encontraba de pie y de cara a la puerta —. Le suplica tenga la bondad de aguardarle unos minutos.

—Muy bien.

—Me permito advertirle que los minutos del señor… suelen ser largos. Si quiere entretenerse viendo algunas revistas…

Con la mayor naturalidad respondió Curt:

—Sí, lo haré con mucho gusto… aunque quede usted a mis espaldas, siempre que para mayor tranquilidad mía suelte usted ese «juguetito» que lleva ahí.

Y, sonriendo, le señaló el brazo.

El espía retrocedió, asustado. En la diestra de Batterby apareció una pistola:

—Vamos, no me lo haga repetir.

—¡Pero… señor!

—¡Pronto o le meto una bala entre ceja y ceja!

Convencido el miserable de que su muerte estaba allí mismo si no obedecía, abrió la mano y dejó caer el puñal. Curt, guardándose el arma, lanzó el puño cerrado contra la mandíbula de su enemigo acertándole de lleno y haciéndole caer de espaldas sobre la mesa. Hubiera bastado con aquel golpe, pero considerando de que merecía algo más, le asestó un gancho de izquierda que lo tiró sobre la alfombra sin conocimiento.

—¡Vaya, y cómo las gastan los esclavos de este hombre de ciencia! —comentó mordaz, para sí.

De nuevo las generalmente aborrecidas cortinas volvieron a serle útiles facilitándole unos cordones que le sirvieron para atar a la espalda las manos del vencido, luego de registrarle a conciencia y quitarle una pistola, entre otras cosas.

Pensando que en la casa pudiera haber alguien más, la recorrió de punta a punta sin encontrar alma viviente.

—Bueno… —susurró—, parece que estamos solos.

Llamó por teléfono a la Comisaría donde había sido dado su nombre por el jefe del
F. B. I.,
pidiendo le enviasen un par de agentes los cuales deberían presentarse sin darse a conocer al portero ni a los chicos de los ascensores.

Mientras llegaban dio comienzo a un registro, iniciándolo en la habitación donde habían querido matarle.

El fracasado asesino volvió en sí y clavó los dardos de sus pupilas en el agente, el cual exclamó:

—Hola… ¿Regresa del firmamento?… ¿Ha visto muchas estrellas?

Por contestación obtuvo una especie de gruñido que no rimaba con el empaque del «sirviente», quien trató de ponerse de pie:

—Quieto —advirtióle el muchacho—. Sea buenecito y no me obligue a dormirlo de nuevo… para siempre. He podido matarle, como comprenderá, y no lo he hecho para no evitarle trabajo al verdugo; pero si se pone pesado no tendré más remedio.

Transcurrió algún tiempo más y por fin, sonó el timbre.

—Levántese ahora. Cumpla su obligación de abrir la puerta.

Le dejó las manos libres, empuñó la pistola, sin sacarla del bolsillo, y echó a andar en pos del prisionero a quien dio un empujón nada cariñoso, fuego de haberle ayudado a que se incorporase.

—Abra… y con cuidado con lo que hace y dice.

Fue obedecido. Eran los policías. Dos de los que le ayudaron en la redada de Magaw.

—Hola, muchachos.

—¿Qué hay que hacer aquí? —preguntó uno de ellos.

—Poca cosa. Poned a buen recaudo a este venerable fámulo que ha querido hacerme pupa. Me conviene que nadie, ni siquiera el portero, se dé cuenta de que os lo lleváis. Si se coloca entre vosotros buenamente y sale como si fuera un amigo, le encerráis y nada más hasta que yo envíe mi informe; si, por el contrario, comete alguna estupidez, le «dais» lo que os parezca y en paz.

El espía, oyendo aquellas instrucciones, tembló.

—¿Tú te quedas? —quiso saber uno de los policías.

—Sí; me siento curioso y quiero ver lo que guarda esta casa.

Además… no renuncio al propósito de echar un parrafito con el inquilino de la misma. Por eso he solicitado vuestra colaboración a fin de que me libréis de este tipo. Me crispa la presencia de los reptiles.

—De acuerdo.

—¡Andando! —ordenó el segundo agente de la Metropolitana al preso. Éste, verdadero cobarde, no opuso resistencia y salió como se le exigiera.

Curt corrió el cerrojo. Luego repitió la operación en la puerta de servicio. No quería sorpresas. Quien llegara habría de llamar.

Inmediatamente después reanudó el interrumpido registro, haciéndolo a conciencia.

Invirtió varias horas en la tarea, sin impacientarse, sin desdeñar nada de cuánto contenían las numerosas habitaciones. Todo inútil. No pudo hallar nada que tuviese relación con la banda.

—¡Y a todo esto —mascullaba de cuando en cuando—, el doctorcito sin aparecer!

A través de los cristales vio nacer el día. Tuvo la seguridad de que «el pájaro» había volado.

Los párpados le pesaban mucho. Y lo peor del caso era que le tocaba de servicio en la cárcel y no quería faltar. Unas horas de sueño le harían mucho bien.

Telefoneó nuevamente a la Comisaría exponiendo el caso y solicitando que se sometiera a vigilancia constante la casa que se disponía a abandonar, si bien deseaba que no se tomase ninguna medida contra Hogson, si volvía, limitándose los agentes a hacérselo saber sin pérdida de tiempo.

Supo por el comisario que la conducción del falso sirviente se realizó sin tropiezo alguno y sin que ni el portero se diera cuenta de que iba detenido. Obtuvo la promesa de que no lo llevarían, a la Prisión Central, pues, lógicamente, seguía interesándole que nadie le reconociese en la misma.

Cuando desde los balcones vio a los agentes que discretamente montaban la guardia, salió del piso, denotando cansancio y aburrimiento. Su coche continuaba donde la pasada noche lo dejara estacionado. Subió a él y partió despacio.

Batterby, al enfilar la calle en que vivía, vio un potente automóvil negro que arrancaba en dirección opuesta a la suya.

Fracciones de segundo antes de que el cruce se produjera, descubrió tras la ventanilla de éste el torso de un desconocido y el cañón de una pistola ametralladora.

Apenas tuvo tiempo de bajar la cabeza: una lluvia de balas destrozó los cristales de su propio vehículo. Se sintió herido en la cabeza y en algún otro sitio, más aunque de momento le resultó imposible precisar dónde.

El coche negro siguió adelante, como una exhalación.

Curt dióse cuenta de que todavía continuaba siendo dueño de sí mismo; maniobró con pericia y, a la velocidad máxima, lanzóse en persecución de los asesinos.

Los transeúntes que presenciaron el hecho prorrumpieron en gritos iracundos, tratando de llamar la atención cuanto antes de los policías más próximos.

Batterby notó que le faltaban las fuerzas y que un velo obscuro se le ponía ante los ojos.

Quiso frenar, pero antes de conseguirlo por completo, la mano le colgó como muerta y él cayó desvanecido sobre el volante. Su coche sin guía, presionada la dirección por el torso de su dueño, empezó a ir de un sitio para otro.

—¡Un automóvil borracho! —exclamó alguien, pretendiendo hacer un chiste.

Rieron algunos, pero la risa quebróse en las gargantas.

El peligro, tanto para el conductor como para los peatones, hízose latente.

Un «auto» de la policía había partido, al fin, tras el de los criminales; otro intentó detener al de Curt y hubo de apartarse para evitar el choque, choque que se produjo al fin, contra una esquina.

La poca velocidad que llevaba ya el automóvil de Batterby impidió que las consecuencias fueran mortales.

Le sacaron sangrando por todas partes.

El público se aglomeraba en torno.

—¡Debe estar embriagado!

—¡Merece que se le linche!

Los representantes del orden público lograron imponerse y, trasladando al herido a un nuevo coche patrulla que acababa de aparecer, llegaron al puesto de socorro próximo.

CAPÍTULO IX

UN GOLPE CERTERO

—¡Yo no debo estar aquí más tiempo! —afirmó Curt, medio incorporado en el lecho, dirigiéndose al doctor que le asistía en la clínica, el cual alzó ligeramente los hombros y repuso:

—Si es que quiere usted saber más que nosotros…

—No es eso. Lo que pasa es que me encuentro casi bien y tengo que hacer muchas cosas.

Peter Fagan que, lo mismo que Sally, rodeaban el lecho, le interrumpió:

—¡Tú permanecerás en este establecimiento hasta que te den de alta o te tumbo de un puñetazo para que no puedas moverte en un mes! ¡Habráse visto el engreído! ¿Imaginas que sin ti no se puede hacer nada en ninguna parte?

Batterby, aunque sabía hasta qué punto bromeaba su amigo, hizo un mohín de enfurruñamiento.

Añadió Fagan bajando la voz de manera que sólo pudiera oírle el interesado:

—Para que rabies un poco, para que le convenzas de que también sin tu concursó se llevan a cabo trabajos buenos, te diré una cosa que me han comunicado hace poco los muchachos y que estaba reservándome viendo tu actitud «levantisca».

—¿Qué es?

—¿Quieres el informe gratis? ¡Nada de eso! Se trata de algo excelente, pero has de pagármelo.

—¿Qué precio exiges?

—Tu promesa de no hacer ninguna tontería.

—Está bien. Te prometo no hacer ninguna tontería.

—Escucha, pues: el sapientísimo doctor Hogson, que continúa

sin aparecer por su casa ha sido localizado en Hoboken, en el número setenta y cuatro de Bloomfield. ¿Qué te parece?

Las pupilas del convaleciente se dilataron, gozosas.

—¡Eso es estupendo! ¿Y pretendéis que yo continúe aquí?

—¡Chiss, calla! Te lo tienen bien custodiado. Se sabe, incluso, que ocupa el piso cuarto. No se ha procedido a su detención porque, en realidad, sólo tú sabes lo que pueda haber en su contra y porque el viejo no quiere que se estropeen los planes. Dime, pues, lo que decides.

—¡Levantarme cuanto antes!

Sally, que oyó la exclamación, se le acercó mimosa y le acarició las manos.

—No seas niño, Curt. Hemos tenido mucha suerte con que ninguna de tus heridas resulte verdaderamente grave; pero es absurdo querer abusar.

—¿Llamáis abusar a querer verme libre después de dieciocho días de estar aquí prisionero?

—Oye, animalote —le atajó Fagan—, ¿es que los demás no lo estamos casi tanto como tú?

El interrogado apretó los labios no sabiendo qué responder. Efectivamente, desde que habiendo recobrado el sentido hacía ya casi tres semanas declaró su nombre y a dónde debían avisar, Pete se había convertido poco menos que en su sombra, no ya sólo por hacerle compañía, sino para defenderle en el probable caso de que los asesinos quisieran insistir en su tarea. Cuando tenía que ausentarse porque lo requiriesen sus obligaciones, no lo hacía, hasta dejar en su puesto a otro compañero.

En cuanto a Sally… Todo cuanto Curt pudiera decir para expresar su comportamiento resultaría pobre. Apenas supo lo sucedido —pues él no quiso ocultárselo en las primeras horas ante el miedo de un desenlace fatal, dada la aparatosa apariencia de las heridas—, se trasladó allí y no hubo ya manera de lograr que se apartase.

Su influencia y su dinero obtuvieron la autorización necesaria y, a dos metros del hombre amado, hizo que le colocasen un sofá en el que reposaba algunos minutos cada vez que el cansancio acababa rindiéndola.

Y así, jornada tras jornada.

Cuando Batterby disimulando su ansiedad, trataba de convencerla para que volviera a casa y descansara de veras, irritábase y le amenazaba con los puñitos cerrados:

—¡A que te desfiguro el físico! ¡No me iré hasta que te encuentres bien del todo!

Aquella tarde, luego de oír la importante nueva acerca de Hogson, Curt se dirigió suplicante al médico auxiliar que poco antes le amonestara:

—Doctor, dígame por lo que más quiera: ¿verdad que ya estoy en condiciones de valerme por mí mismo?

Ante lo ansioso de la consulta, el interrogado murmuró suavemente:

—Yo no soy quién para responder a eso. Lo único que puedo decirle es que… en ocasiones, se ha dado de alta a personas que se hallaban en peor estado que usted, por lo menos en apariencia. De todos modos, bien porque el director de la clínica no lo considere así o porque la vida de usted valga mucho, lo cierto es que tenemos orden de no proponer siquiera su salida del establecimiento.

Tanto Batterby como Pete pensaron enseguida en «el viejo», el querido jefe que, a buen seguro, había hecho lo necesario para que se velase por el joven en todos los órdenes.

—Espero que no hagan ningún comentario acerca de mis palabras, ¿eh? —pidió el galeno. Y salió de la estancia.

Gurí hizo a Pete señas para que se aproximase de nuevo, mientras Sally, junto a una mesita algo distanciada, preparaba la medicina que a aquella hora correspondía suministrar. Dióse cuenta de que se proponían hablar bajo, pero no quiso mostrarse curiosa.

—Escucha: no quiero dejar en mal lugar a los que tanto os interesáis por mí. Mañana por la mañana, apenas llegue el médico director, le suplicaré que me permita largarme. Si no lo hiciera o si yo, una vez levantado, me sintiese sin aptitudes para la lucha te encomendaría la misión que pienso realizar cerca de Hogson. Mientras, que se limiten a estrechar la vigilancia a fin de que no se escape.

—Conforme.

Aceptó Batterby la pócima que le brindaba Sally e insistió en que se retirase a dormir.

—Te estás quedando hecha una ratita —fue uno de los

argumentos que empleó—, y yo no pienso casarme con una muchacha fea. Si no haces lo preciso para reponerte enseguida optaré por otra de mis muchas novias.

Bien sabía la muchacha que hablaba en broma; pero aquello de que «se estaba quedando como una ratita» le llegó al alma. Y como su agotamiento rayaba en lo insoportable, se dejó convencer.

Pete se ofreció a acompañarla.

—No te sentirás celoso, ¿eh? —inquirió, risueño.

—¡Ay de vosotros como me deis motivo!

—Mañana, en cuanto amanezca, estaré aquí anunció Sally.

Salieron. La calle le pareció distinta, luego de tantos días sin verla casi.

Curt se sintió alegre. Todo marchaba bien. Los que pretendieron asesinarle fueron alcanzados por la policía, y aniquilados en el mismo coche negro.

Neil, según sus noticias, continuaba prestando servicio en la Prisión; ahora Hogson estaba localizado.

¡De qué buena gana se hubiera desentendido de todo para correr en busca de este último!

Se contuvo por varias razones: había dado su palabra a Pete; no quería disgustar al «viejo», ni exponerse a las protestas del médico director; y, sobre todo, era ya tarde para hacer una visita «amistosa» al celebérrimo hombre de ciencia.

Llevaría Sally un par de horas durmiendo cuando la vieja criada la despertó, no sin que le costara gran trabajo conseguirlo.

—¿Qué sucede?

—No se sobresalte. Yo… La verdad es que no hubiera querido llamarla… pero ante el miedo de que se enfadase usted conmigo…

—Hable de una vez.

—Ahí fuera hay un agente de los que están de vigilancia, en la clínica. Tiene que decirle algo…

Sally, asaltada por súbito temor, saltó de la cama, vistiéndose con prontitud asombrosa.

En la salita aguardaba un hombre a quien nunca hasta entonces viera, pero ello no le sorprendió, pues los policías que guardaban a Curt se turnaban con frecuencia.

El visitante mostró su placa que le acreditaba como agente de la Autoridad y dijo:

—No debe asustarse, señorita pero…

—¿Qué pasa?

—El señor Batterby debe haber cometido alguna imprudencia y se ha agravado un poco. Ha mostrado deseos de que se le avise a usted.

Sally creyó que se le paralizaba la sangre en las venas. Súbitamente pálida cogió los brazos del que le hablaba:

—¡Dígame la verdad! ¡Toda la verdad! ¿Es que…?

—No, no ha muerto, se lo garantizo; pero…

—¡Vamos, vamos enseguida!

Empujó casi al hombre y salieron con suma rapidez.

En la puerta, aguardaba un pequeño coche. Subió la joven, no concediendo importancia al hecho de que en el interior hubiese otro desconocido quien le hizo un saludo pronunciado.

Sin detenerse en reflexionar en que aquello pudiera ser más o menos lógico, impulsada por el anhelo de tener el mayor número posible de noticias, preguntó:

—No me oculte nada. ¿Está Curt muy grave?

Por toda respuesta, el hombre le tapó la boca con un pañuelo y se lo anudó despiadadamente a la nunca.

La muchacha, paralizada por el terror y la sorpresa, apenas tuvo tiempo de forcejear. En medio minuto se encontró atada de pies y manos, convertida en un fardo a merced de aquellos miserables.

El coche marchaba a bastante velocidad.

Un enfermero se dirigió a Pete, el cual había regresado hacía ya rato a la clínica y cabeceaba, reclinado en una butaca:

—Oiga, señor Fagan…

—¿Qué hay?

—Acaban de telefonear desde la casa de la señorita Sally McLanghin, preguntando cómo sigue el señor Batterby. He respondido que bien y la persona que se ha puesto al aparato ha dicho unas cosas raras…

—¿Ha colgado?

—No, espera.

Pete se incorporó de mala gana.

—¡Estáis enamorados!… —rezongó.

Acudió al despacho donde estaba instalado el teléfono.

—¿Es usted, Sally?

—No, no; soy la criada. La señorita salió para ahí hace ya rato; le pedí que me telefonease diciéndome si realmente es muy grave la recaída del señor Batterby, y como no acababa de llamarme…

—Pero ¿qué disparates está usted soltando?

—¿Disparates? ¡Ninguno! ¿Quién es usted?

—Un amigo. Explíquese de una vez.

La sirvienta obedeció.

Fagan, encajados los dientes, lanzó un taco.

—¿Qué dice usted? —preguntaron al otro extremo del hilo.

El muchacho dominó sus nervios. No conduciría a nada alarmar a su interlocutora.

—El señor Batterby está mejor —repuso—. No se preocupe.

Colgó, quedando atónito, sin saber lo que debía hacer. Decir a su amigo lo que acababan de comunicarle se le antojaba demasiado fuerte; no hacerlo, más fuerte aún. Se trataba de Sally, la prometida de Curt, quien nunca le perdonaría la más mínima demora en informarle de la terrible verdad.

La voz de éste, llamándole a gritos, le sacó de su ensimismamiento:

—¡Ven enseguida, Fagan!

Corrió a donde le llamaban, encontrando a Batterby fuera ya del lecho y con el rostro desencajado. Junto a él, temeroso, el enfermero parlanchín que acababa de referirle su reciente diálogo telefónico.

—¡Cálmate, muchacho!

—¡Dime la verdad! ¡No mientas! Sería inútil por cuanto voy a llamar ahora mismo a la casa de Sally.

No era posible fingir. Adobándola con recomendaciones, trasladó la noticia a su camarada quien lanzó una especie de sollozo y rugido mezclados.

Frenético, comenzó a vestirse.

—No seas loco, Curt; dime lo que quieres que se haga y te juro cumplirlo al pie de la letra.

Pero el convaleciente no le oía.

—¡Mi pistola! —exigió—. ¡Pronto!

Se la entregaron.

Corrió al teléfono y llamó a la Prisión Central. Había perdido la cuenta e ignoraba si Neil estaba de servicio. Lo preguntó luego de

darse a conocer y le contestaron negativamente.

Casi con violencia apartó al médico de guardia y ganó la calle, seguido de Fagan, el cual, le sujetó por un brazo:

—¿Puedo saber qué te propones?

—¿Y me lo preguntas? ¡Encontrar a Sally cueste lo que cueste!

—Bien, pero…

—Voy en busca de Kasner.

—Te acompañaré.

—No. Déjame tu coche. Coge tú el primero de alquiler que encuentres y vete a Hoboken. Averigua si los muchachos que están de vigilancia han observado algo que les permita creer que, más o menos disimuladamente, ha sido llevada allí mi novia. En caso afirmativo, procede sin contemplaciones. De lo contrario espera un tiempo prudencial.

—Bueno, no tardes. Yo le llamo «tiempo prudencial» a unos cuantos minutos.

—En la presente ocasión, llámaselo a una hora a partir de cuando llegues.

En el momento de subir al coche de su camarada, se tocó los bolsillos y lanzó una exclamación de disgusto.

—Me he dejado el juego de ganzúas. ¡Malhaya sea! ¿Dónde habrá ido a parar?

—Toma las mías.

Aceptó lo ofrecido por Pete y saltando al «baquet» arrancó a la máxima velocidad.

Iba deshecho moralmente. No podían los enemigos haber ideado un golpe más certero que el que acababan de asestarle.

Detuvo el vehículo a pocas yardas del edificio en que habitaba Kasner y, guardándose la llave de contacto, se dirigió a buen paso hacia el mismo. Le costó poco tiempo abrir el portal. Prescindiendo del ascensor, subió hasta el piso que le interesaba, donde se detuvo jadeante hasta cobrar alientos. Volvió enseguida a poner en acción las ganzúas, desplegando cuidado sumo para no hacer el más leve ruido. La entrada quedó libre con facilidad. Empujó suavemente. Todo en el interior era obscuridad y silencio.

El propósito de Curt era sorprender a Neil, poner las cartas boca arriba y obligarle, como fuera, a declarar cuando supiese. Había pasado la hora de las contemplaciones. Hogson estaba localizado y

la vida de Sally hallábase en peligro.

Entornó la puerta tras sí y avanzó a tientas por un estrecho pasillo.

Se detuvo de pronto. Hubiera jurado oír un rumor a sus espaldas.

Amartillada la pistola, aguzó el oído. Nada. Reanudó el avance. El rumor sé reprodujo. Se volvió el joven rápidamente y encendió la linterna eléctrica. En aquel segundo, por detrás, varios hombres se le echaron encima como un alud, tratando de sujetarle los brazos ante todo a fin de que no pudiera utilizar la pistola que, lógicamente, le supusieron empuñada.

Lograron tal propósito. Uno de los enemigos logró aprisionarle la muñeca derecha, retorciéndosela hasta que soltó el arma.

Aun siendo débil el estado del joven, se resistió como una fiera enloquecida; pero la superioridad numérica se impuso y pronto se vio en el suelo.

La luz se encendió plenamente.

Batterby movió la dolorida cabeza. Tres hombres le sujetaban impidiéndole todo movimiento. Ante ellos, jugueteando con una «Browning», estaba Kasner.

—Bienvenido, simpático subalterno del Cuerpo de Prisiones —dijo, sarcástico—. Como ve, aguardábamos su visita. Estábamos en la duda de si, buscando a su adorada, acudiría aquí o a algún otro sitio, objeto de sus sospechas. ¡Es usted tan inteligente y habrá descubierto tanto! En cualquiera de ellos se le hubiera recibido de igual modo.

Curt se mordió los labios. Lamentó no haberse hecho acompañar por la policía, aunque se consoló reconociendo que los enemigos, puesto que le aguardaban, habrían tomado sus medidas para huir en el caso de no verle llegar solo.

Hizo Neil una seña a sus secuaces quienes levantaron al prisionero obligándole a entrar en una habitación próxima en la que aquél también penetró.

—Puede sentarse —dijo en el mismo tono hiriente—, pero no cometa, la imbecilidad de hacer ningún movimiento sospechoso porque será el último de su vida.

Los espías empujaron a Curt haciéndole caer, sobre un sillón.

—Me gustaría matarle ahora mismo —agregó Kasner tras una

pausa, recreándose en sus palabras—. Se lo tiene bien merecido y, como bien sabe, lo hemos intentado; pero el jefe ha concebido un nuevo proyecto y… obediencia es ley. Vamos a pactar.

Calló, esperando que el joven le respondiese; mas éste lo hizo solo con una mirada tan despectiva que el canalla se enfureció, cruzándole, el rostro, a la par que rugía:

—¡Baja los ojos, perro!

Batterby saltó hacia él, pero los tres aprehensores se interpusieron, golpeándole al mismo tiempo y arrojándole otra vez sobre el sillón.

Neil tornó a su tono irónico:

—¡Cuánta agresividad!… Ya le anuncié que renunciase a ella. Sólo «por las buenas» saldrá vivo de aquí. Procure ser sensato y oiga con calma: queremos salvar a los amigos nuestros que se encuentran en la cárcel.

Por vez primera habló Batterby:

—¿Le parece preferible eso a asesinarles, como hizo con Marcus Daggett?

La cólera de Neil estalló de nuevo y abofeteó hasta cansarse a su enemigo, bien sujeto por los otros.

—¡Eres un valiente! —Silabeó Curt.

—¡Y tú un imbécil! ¿Por qué me provocas?

Tornó al acento melifluo:

—No me obligues a seguir empleando la violencia. Repito que queremos salvar a nuestros amigos presos. Se habló en principio de proveerles de armas, aprovechando una noche en que yo estuviera de servicio, y sacarlos tumbando a quien se pusiera por delante; pero eso, además del riesgo, tiene la contra de tener que huir perseguidos por sabuesos de todas clases. El jefe ha decidido intentar algo mejor: tú eres el mayor testigo de cargo, —vamos a llamarlo así—, o el elemento que más puede influir en su suerte. Los papeles chamuscados que recogiste no bastarán para que se les condene, sobre todo contando ya, como contamos, con cierto juez dispuesto a servirnos. Si tú deshaces lo hecho, si empleas interés parecido al que derrochaste para perdernos, en demostrar que estabas equivocado y que todos nosotros somos personas dignísimas, no tendremos que temer nada. Tu prestigio dentro del F. B. I.,

es muy grande —ya ves que hemos descubierto quién eres—, y ese juez amigo se las arreglará de modo que el problema se resuelva satisfactoriamente.

—¡Maldito espía! —exclamó el muchacho—. ¿Por quién me tomas? ¿Dices estar enterado de que pertenezco a ese organismo y te atreves a hacerme tal proposición? ¡Los hombres del F. B. I. preferimos cien veces perder la vida a la propia estimación!

Esta vez no se crispó Neil. Soltó una risa de hiena, y repuso:

—¡Admiro vuestro heroísmo! No dudo de que cedas el pellejo antes de aprestarte a lo que se te exija; pero… ¿olvidas que tenemos a Sally McLanghin en nuestro poder?… Es turbadoramente bonita y antes de acabar con ella…

Resultaron inútiles las manazas de los malhechores que sujetaban a Batterby quien, cual si un titán fabuloso acabara de legarle sus fuerzas, se libró de ellos y cayó sobre Kasner dándole tal rodillazo en el estómago que le hizo doblarse, formando un ángulo recto. Simultáneamente le atenazó la garganta y ambos rodaron sobre la alfombra.

El arma que empuñaba el gran miserable se le había escapado.

Los otros tres bandidos, no atreviéndose a hacer fuego por temor a herir a su jefe, iniciaron un ademán de arrojarse sobre la pareja que se debatía en el suelo; más se quedaron boquiabiertos, mudos de terror, oyendo decir en la puerta:

—¡Quietos! ¡Dense presos en nombre de la Ley!

Era Pete Fagan quién hablaba. Tras él irrumpieron en la habitación seis agentes uniformados, llevando amartilladas pistolas de reglamento.

Pero Curt no quiso oír; no podía oír. Todo su «yo» estaba en sus manos, en aquellas grandes manos que apretaban… apretaban el cuello de Neil Kasner.

Cuando lograron hacerle volver en sí, el execrable asesino había entregado su alma al infierno.

Los demás espías, repuestos de la instantánea sorpresa, intentaron resistir. Fueron materialmente barridos por las balas de los agentes.

Fagan acudió en auxilio de su compañero, próximo a desvanecerse.

—¡Animo, muchacho! Este mal trago, pasó.

Le palmeó afectuoso y siguió prodigándole palabras de aliento hasta conseguir que se serenara.

—Tuve una buena idea al desobedecerte —explicó—. Me dije que en Hoboken había gente bastante y que ninguno de ellos es tonto, mientras tú ibas a meterte solito en esta boca de lobo. Recogí a estos muchachos en la Comisaría y… hemos llegado oportunamente, ¿no?

—Gracias —murmuró Batterby. Y reaccionando enseguida del todo, añadió—: Continúo sin saber lo que ha sido de Sally. Hay que registrar toda la casa.

—¡A ello!

En el exterior comenzaban a producirse voces. Los vecinos despertados a aquellas horas de la madrugada por el fuerte tiroteo, se lanzaban fuera, atemorizados.

Dos agentes colocáronse a la puerta del piso a fin de impedir la intrusión de los curiosos, mientras los demás, cumpliendo las indicaciones de Curt y Pete dedicábanse a recorrer todas las dependencias de la casa.

El registro resultó infructuoso. Allí no estaba Sally ni había la menor señal de que hubiera estado.

—¡A Hoboken! —decidió Batterby.

—Cúrate primero un poco —recomendó Fagan.

—¡A Hoboken, repito!

Y salió como una tromba.

Pete se volvió para dar instrucciones a los dos agentes sobre lo que procedía hacer con los cadáveres y pidió a los demás que le acompañasen.

CAPÍTULO X

EL JEFE

Durante el trayecto, Curt, que iba sentado en el «baquet» junto a su amigo, narró a este cuánto había tenido lugar en la casa de Neil antes de que se presentase la providencial ayuda.

—Según eso —razonó—, en Hoboken te esperan también.

—Es lo más probable. En la duda de si optaría por uno u otro sitio al enterarme del rapto, tienen tomadas precauciones pensando a dónde puedo ir. Me lo declaró Kasner, convencido de que no podría hacer mal uso de ello.

Al hablar restañábase la sangre que, aunque poca ya, seguía enrojeciendo su semblante.

Pete seguía conduciendo sin mirar aparentemente al que le hablaba, aunque sin perderle de vista con el rabillo del ojo. Comprendía el agotamiento físico de éste, más estaba seguro de que aludir al mismo no le serviría de nada. Encontró, pues en lo que acababa de oír, motivo para lograr el propósito de que Curt le dejase la iniciativa.

—Opino entonces —masculló—, que debemos hacer lo posible por darles chasco.

—Explícate.

—Te esperarán a ti, ¿verdad? ¡Bueno, pues me presento yo…!

Remedóle Batterby:

—«¡Bueno, pues no te presentas tú…!».

—¿Eh?

—Comprendo tus intenciones, muchacho: me ves derrengado y quieres substituirme.

—No es eso, yo…

—Déjate de embustes. Agradezco mucho tu interés, pero no

estoy dispuesto a quedarme a un lado. Haremos el trabajo juntos.

—Pero si, como te descubrió Neil, están al acecho y nos ven llegar a los cinco que vamos en el coche, más los que hay de vigilancia en los alrededores, levantarán el vuelo o se prepararán para una batalla con todas las de la ley.

—Ya he pensado en eso. No nos verán. Hemos de repetir lo hecho en casa de Neil, una cosa impensada que no ha podido salir mejor. Cuando estemos relativamente cerca, me adelantaré andando y entraré en la casa, dejando entornada la puerta de abajo.

Interrumpió Fagan:

—Yo, mientras, haré lo mismo en la parte trasera del edificio, pues me he enterado por los compañeros de que la casa en cuestión tiene dos puertas.

—Está bien —concedió Batterby—. Los policías deben dejar transcurrir cinco minutos lo menos, y luego irse deslizando uno a uno como sombras.

—Oye, ¿no te parece demasiado cinco minutos?

—No. Es el tiempo mínimo que necesito para llegar y que me «sorprendan», atrayendo la atención de cuantos haya en la casa. Descarta el temor de que me maten al verme. Ya sabemos lo que pretenden de mí.

Siguieron perfilando los detalles de la próxima batida.

Batterby indicó el sitio donde debía detenerse el coche. Uno de los agentes destacóse para llamar a los que estaban de vigilancia, no tardando en reaparecer con ellos. Nada vieron que permitiese suponer la llegada de Sally al nuevo domicilio de Hogson. Recibieron instrucciones. Curt y Pete se apearon tomando caminos distintos.

El primero, sin adoptar muchas medidas de precaución, abrió el portal con la ganzúa, pero una vez ante el piso del hombre de ciencia, pulsó el timbre sin vacilaciones. Ya que, probablemente, le aguardaban, de nada iba a servirle la entrada subrepticia como hiciera en la guarida de Kasner. Por lo menos le recibirían con luz, siéndole quizá, posible impedir que le golpearan.

Transcurrieron varios minutos. El agente sonrió pensando que deseaban darle la impresión de que dormían. Llamó otra vez, manteniendo un poco el dedo sobre el pulsador. Oyó pasos que se acercaban. Le abrió al fin la puerta y un hombre —otro pseudo

criado—, apareció bajo el dintel mirando al visitante con fingida hostilidad.

—¿Qué desea?

—Ver al doctor Hogson.

—¿Al doctor Hogson, dice?

—No se haga de nuevas. Sé que está aquí.

—Aunque estuviese, ¿cree que éstas son horas de atender a nadie?

El espía representaba concienzudamente el papel que se le había asignado. Era preciso convencer al enemigo que se le recibía como era lógico se hiciese con una persona desconocida que intenta ver a otra antes de que apunte el sol. Por su parte, Batterby siguió la comedia.

—Pásele recado, tenga la bondad.

El indeseable hizo como si se dejase convencer y repuso tras ligera vacilación:

—Sígame y veremos.

Avanzaron, uno en pos de otro, cruzando dos habitaciones y deteniéndose ante una tercera.

—Pase y aguarde —invitó el «sirviente».

A Curt no se le ocurrió empuñar la pistola. Díjose que hubiera resultado contraproducente. Le convenía mantener su actitud confiada la mayor cantidad posible de tiempo, atrayendo sobre sí la atención general, para que Pete y los policías pudieran ir llegando sin tropiezo.

Dentro de la estancia había tres hombres, con las manos metidas en los respectivos bolsillos de la americana. El falso doméstico se quedó fuera, cerrando tras el muchacho quien dijo sin expresar sorpresa, con la mayor ingenuidad:

—Por lo visto no soy yo sólo quien madruga para ver el doctor. Buenos días, señores.

Le respondieron en tono tan amable que rezumaba ironía.

—Siéntese.

—Oh, no, muchas gracias. Prefiero estar de pie.

Uno de los delincuentes se adelantó, enseñando ya la pistola y repitió, seco:

—¡Siéntese!

—¡Caramba! ¿Qué significa esto? ¿Dónde me he metido?

—En un lugar de donde no podrá salir por su pie… a menos que se avenga a lo que se le exija.

Como ya había previsto Curt, repetíase la escena que tuvo lugar en casa de Kasner, con la diferencia a su favor de que se repetía resguardado por sus amigos y de que no se presentaría ocasión de que le maltratasen como allí.

Las mismas amenazas con respecto a Sally y a él, idéntica proposición.

—Lo que me sugieren es muy duro —contestó el agente, dando la impresión de que vacilaba—. Por otra parte… ¿quién me garantiza que cumplirían su promesa en caso de que aceptara?

—La garantía estribará en su propia actuación. Si se dispone a obedecernos saldrá usted libre; pero nos quedaremos con su novia, a la cual mataremos al primer intento que usted realice en nuestro perjuicio. Por el contrario, si se comporta bien, si llega a comprometerse en sus declaraciones de forma que no pueda volverse atrás y van soltando a nuestros hombres, empezando por Spangler Maison, la muchacha le será devuelta, aun antes de que hayan sido puestos en la calle todos. Ésta es la garantía mayor, ya que no nos resignaríamos a que quedase preso ninguno y usted les podría impedir la marcha si no le cumpliésemos el compromiso.

De nuevo hizo Batterby como si se sumiese en reflexiones.

—Antes de decidirme —dijo—, me gustaría ver a Sally un momento, convencerme de que vive aún.

Los malhechores cambiaron miradas entre sí.

—Eso es una tontería —decidió el que llevaba la voz cantante, nuevo subjefe de la banda. Si no estuviera la joven, ¿cómo íbamos a proponerle lo que ha oído?

—Sí, me inclino a creer que dice verdad; pero… en un «negocio» de esta índole no pueden sorprenderse porque yo abrigue mis dudas. Muy bien pueden pretender que me cuele hasta la coronilla, que contribuya a la libertad de esos hombres… aunque se queden algunos… destinados al sacrificio, y huir la mayoría burlándose de mí y dejando muerta o ultrajada a mi novia. Me dispongo a estudiar la cuestión, inclinado desde el principio a complacerles, si ponen a esa señorita ante mí, aunque sea un segundo, y se comprometen a hacerme llegar sus cartas durante el tiempo que duren los procesos.

—A eso último, a lo de las cartas, no tenemos nada que oponer;

lo primero no es posible. Esa mujer no se halla en esta casa.

—Tráiganla de donde se encuentre. No tenemos prisa. Yo, por lo menos, no la tengo.

—Pero nosotros, sí.

—Hagan lo que quieran. Sin ese requisito previo, sin darme la alegría de verla y saber que no le ha ocurrido nada irreparable, me negaré resueltamente a lo que desean.

—¿No se imagina lo que tanto a ella como a usted les aguarda si persiste en esa actitud?

—¡Claro que lo supongo! Pero… si de todas las maneras ha de suceder igual, ¡que suceda sin que yo me haya convertido en un traidor!

Volvieron los espías a tener un cambio de miradas. Finalmente, el subjefe exclamó:

—Está bien. Voy a consultar el caso.

Se dirigió a la mesa donde estaba el teléfono, pero antes de llegar sonó el timbre del mismo. Cogió el receptor y cambió una consigna. De pronto se puso lívido, chocaron sus dientes y un brillo siniestro le asomó a las pupilas.

—Está bien —fue su única palabra. Y dejó caer violentamente el auricular. Se apoyó de espaldas a la mesa y taladrando a Curt con la vista, dijo—: De manera que ha venido usted aquí ingenuamente, sin saber lo que le aguardaba, ¿eh? Conque se predispone a pactar con nosotros, ¿no es eso?

Comprendió Batterby que algo inesperado acababa de producirse y todos sus nervios pusiéronse en tensión.

Añadió el subjefe dirigiéndose indistintamente a sus secuaces y al agente:

—Uno de nuestros amigos ha intentado esta mañana visitar al señor Kasner y me informa de que tanto éste como los que le acompañaban han muerto a manos de la policía, según le ha comunicado el portero del edificio. ¿No sabía usted nada de esto, «ingenuo» señor Batterby?

—¿Yooo? ¡En absoluto!

—¡Qué casualidad! Pues, mire, por si acaso se repitiera aquí el suceso, usted no va a poder intervenir.

No bien hubo pronunciado aquellas palabras, que equivalían a una sentencia de muerte, desde fuera partió un tiro que le atravesó

la mano armada.

Pete y sus colaboradores hicieron irrupción en la estancia, encañonando a los delincuentes quienes, presa de pánico, no se atrevieron a sacar las armas que empuñaban dentro de los bolsillos. Contribuyó mucho a ello la energía con que el muchacho exclamó:

—¡Lo mismo que hemos liquidado a los que estaban en casa de Neil Kasner haremos con vosotros al menor movimiento rebelde! ¡Levantad bien los brazos y sacad las manos abiertas!

Le obedecieron, incluso el jefecillo, cuya herida le hacía rugir de dolor.

En pocos minutos fueron esposados.

—¡Al coche con ellos! —ordenó Fagan. Y mientras dos agentes se llevaban a los detenidos, explicó a Curt—: Estábamos escuchando la interesante escena; creíamos que ibas a conseguir la traída de Sally; pero al darnos cuenta de que se habían torcido las cosas no pudimos esperar más.

—¿Habéis detenido al criado? —quiso saber Batterby.

—¿A qué criado?

—A uno que me abrió la puerta. Debe andar por ahí.

Amartillada la pistola, salió de la habitación. Los demás le siguieron, comenzando a inspeccionar todos los rincones.

—Debe haberse ido al darse cuenta de lo que ocurría —opinó Fagan.

—Es posible, pero…

Dieron con una puerta cerrada. Curt utilizó nuevamente sus ganzúas.

Un ahogado grito de asombro se escapó de su garganta; los otros expresaron también su estupefacción: en el suelo, atado de pies y manos, y con mordaza, hallábase Frederic Hogson.

Apresuráronse a librarle de las ligaduras.

—¿Qué significa esto, doctor?

El interrogado no podía hablar. Tenía la garganta reseca y la boca le dolía horriblemente.

—¡Un vaso de agua! —solicitó Pete.

Salió corriendo un policía para volver al minuto con lo pedido.

La cara del hombre de ciencia reflejaba sufrimiento y terror.

—¿Quiénes son ustedes?

—Representantes de la ley —repuso Curt—. Explíquese pronto.

—¡Sí!… ¡Sí!… —exclamó Frederic—. ¡Hablaré! ¡No puedo más!

Sonó un pistoletazo. La bala se hincó en el pecho de Hogson.

—¡El criado! —masculló Batterby, mordiendo las palabras.

Sorprendidos por lo insólito del encuentro, olvidaron la existencia del malhechor que hiciera las veces de fámulo, el cual, habiéndose dado cuenta de que los enemigos estaban dentro de la casa, buscó donde esconderse en espera de una ocasión propicia para hacer lo que aconsejasen las circunstancias. Quiso la fatalidad que eligiese como refugio un cuarto cercano al que servía de encierro al doctor y, oyendo la exclamación que éste lanzara, se lo jugó todo para sellarle los labios.

Perpetrado el crimen, corrió, no con la esperanza de salvarse, pues, contrariamente a la generalidad de los asesinos era valiente y de antemano se consideró perdido, sino anhelando llegar tras una armadura de bronce que había en el pasillo y parapetarse así, defendiendo cara su vida.

No logró su propósito: uno de los policías, despreciando el peligro de los disparos hechos tras sí por el enemigo, le tumbó para siempre de un balazo.

Precipitáronse sobre él.

—Está muerto —aseguró Fagan, luego de examinarle.

Curt, desde el instante en que vio conjurado aquel peligro, volvió junto a Frederic y afanóse en taponarle la herida.

—Es inútil —susurró éste—. Me han matado. Quizá sea lo mejor.

—¡Qué avisen a cualquier médico! —gritó Batterby a los que había fuera de la estancia.

Mientras uno de la Metropolitana iba al teléfono, Pete volvió sobre sus pasos y ayudó a su compañero a colocar el cuerpo de Hogson sobre un sofá.

—Óiganme… —pidió éste, jadeando—. Mi vida se acaba y quiero aprovechar los minutos…

No le interrumpieron, ni siquiera para aconsejarle que reservase energías y evitase una posible hemorragia. Seguían considerándole el posible jefe de la banda, aunque los recientes sucesos indicasen lo contrario, y les importaba más lo que pudiera decir que salvarle la vida.

Con voz casi inaudible, añadió el agonizante:

—Siempre fui un hombre honrado, pero… tuve un grave

tropiezo. Una mujer. A mi edad, las pasiones suelen ser funestas. Me enamoré… dejándome arrancar mis últimos descubrimientos… que pertenecían al Estado. «Ella» murió a manos de los mismos que le ordenaron traicionarme. Tal secreto pasó a manos del «jefe», un hombre que lo utilizó para convertirme en su esclavo, pues mi personalidad le era muy útil.

Pete dio señales de impaciencia. Aquel afán de justificarse por parte del herido le restaba fuerzas a ojos vistos. Corrían el riesgo de que muriese sin haber explicado lo principal.

—¿Quién es ese hombre? —le apremió.

Frederic no le oyó o no quiso oírle. Le interesaba ante todo acreditarse como víctima. Curt tocó a su amigo con el codo a fin de que se contuviera.

Añadió el moribundo:

—Jamás pudo conseguir mi verdugo que yo perteneciese a la banda, pero eso no era óbice para que bajo la presión del miedo dispusiera de mí a su antojo.

A la memoria de Batterby acudió el recuerdo de la escena que sorprendiese en Magaw. También otro médico, el doctor Shanon se quejaban ante Spangler y su camarilla de que le tuvieran cogido en su redes y solicitaba una libertad que no se le concedía. ¿Tendría aquel jefe alguna razón especial para «coleccionar» galenos bajo sus órdenes?

Hogson no se había interrumpido y continuaba, fatigoso cada vez más:

—Convocaba las reuniones donde le parecía más cómodo, en casa de cualquiera de nosotros. La última fue en la mía. Alguien vio salir preso al canalla que habían puesto «a mi servicio», cuya única misión era vigilarme y cundió la voz de alarma. Me buscaron, trayéndome aquí en calidad de prisionero casi, pues aseguraban que corríamos momentos de peligro y que, naturalmente, no les inspiraba confianza de ninguna clase. Esta noche supe que habían raptado a una señorita y que preparaban una encerrona a alguien. Temerosos de que yo, por arreciar continuamente en mis protestas, hiciera algo que les perjudicase, me encerraron luego de atarme a su gusto.

—¡Acabe de una vez! —insistió Fagan, incapaz de contenerse, no obstante las recomendaciones que con la mirada le hacía su

compañero—. ¿Quién es ese condenado jefe?

No obtuvo respuesta. El declarante se había desvanecido.

—¡Esto es lo que nos faltaba!

—¿Tendremos tan mala suerte?

Esforzáronse por reanimarle. Curt encontró una botella de «*brandy*» en el mueble-bar del despacho y derramó varias gotas entre los labios del herido quien, al cabo de algún, tiempo, tornó a dar señales de vida.

—Déjale, Pete, no le violentes.

—Pero ¿no estás viendo?…

—¿Quién puede abrigar más anhelo que yo? Precisamente por eso quiero evitar que muera sin revelarnos lo que nos importa.

Frederic, habiéndoles oído confusamente, dijo en susurro:

—He declarado la verdad. Lo juro… por la salvación de mi alma.

Fue Batterby quien no pudo contenerse ahora. Inclinándose sobre el que moría le habló ansioso:

—¡Doctor, escuche: no ha pronunciado el nombre del jefe!

—¿No… lo he dicho?

—¡No!

—Se llama… Allan Shanon.

—¡Allan Shanon!

—¡El médico estrafalario y borrachín!

—No es una cosa ni otra —protestó Frederic—. Todo eso forma parte de la máscara.

Curt, decepcionado y colérico, agitó los puños:

—¡Miente usted! ¡Parece mentira que en la hora de la muerte sea un hombre capaz de manchar sus labios con la mentira!

Hogson pareció reanimarse ante el insulto.

—Repito… mi juramento. ¡He dicho… la verdad!

—Pero… ¡si yo oí a ese hombre protestar ante Spangler Maison y otros muchos elementos de la banda de que no se le concedía la libertad, la misma libertad que usted asegura haber perdido!

Por los labios de Frederic jugueteó una débil mueca.

—Es un gran farsante… Gusta de representar comedias ante los que no le conocen, en colaboración con los subjefes. Cuando teme que algún miembro de la organización, ajeno a su absoluta confianza, pueda entrar en sospechas de su verdadera personalidad,

se presenta en plan de víctima y repite lo que tantas veces me oyó a mí: que no pertenece a la banda y que reclama su independencia.

Los jóvenes estaban atónitos.

—Deben creerme… bajo palabra de honor… y juramento… ¡Es un monstruo!… No le dejen escapar. Probablemente tiene consigo a la muchacha raptada.

—¡Vamos! —gritó Pete.

—Un momento interrumpióle Batterby, no queriendo posponer su obligación a nada. —Dígame, doctor Hogson: ¿sabe usted el nombré del magistrado que se ha vendido a los espías para salvar a los que hay presos?

—Se llama… John Farquet.

Tomaron nota mental del prevaricador e insistieron cerca del agonizante por si tenía algo que decirles. Éste negó moviendo lentamente la cabeza. Parecía como aliviado de un peso enorme. En su rostro no se advertía miedo al Más Allá.

—No podemos dedicarle más tiempo —decidió Batterby—. Que uno de los agentes permanezca junto a él hasta que venga el médico.

En el momento en que se disponían a salir llegó la persona esperada. Los dos amigos, por un deber de humanidad, volvieron sobre sus pasos.

—No hay nada que hacer —oyeron decir en un susurro.

Tras acreditarse como lo que eran y dejar a uno de los policías para que atendiese a todo mientras acudían las autoridades a quien acababan de avisar, Fagan y Batterby, partieron acompañados del resto de sus colaboradores.

Allan Shanon despertó poco después de que la aurora asomase. Se había acostado tarde ya, pero no necesitaba dormir mucho. Prodújole extrañeza el que no hubiera sonado el timbre del teléfono que tenía sobre la mesita próxima, pues dio antes la orden a sus secuaces de que le avisaran apenas se produjese el hecho que tenía previsto.

Se echó un batín sobro los hombros y, yendo al aparato, marcó el número correspondiente al domicilio de Neil. No acudió nadie. Repitió el juego, tratando de ponerse en comunicación con la casa de Hoboken y obtuvo el mismo resultado.

Se le ocurrió, que Batterby no habría acudido a ninguna de las

dos partes, dando lugar a que los que le esperaban se aburriesen al ver nacer el día, retirándose a dormir.

De todos modos se le antojaba extraño que tanto Kasner como el subjefe de la casa Hoboken no le hubieran llamado. Bien era verdad que su orden consistió en que avisasen tan pronto como celebraran la entrevista con Batterby, sin añadir que debían hacerlo aunque éste no se presentara.

Pidió el desayuno. Una criada vieja, con cara de buitre, entró a poco trayéndoselo.

—Sírveselo enseguida a la muchacha —ordenó Shanon.

—No lo quiere. La sentí moverse en la habitación y, cumpliendo los deseos de usted, entré a preguntarle sí necesitaba algo. Su respuesta ha sido que lo único que necesita es no vernos.

Allan sonrió sarcástico mientras paladeaba el chocolate.

—Ahora iré yo. Retírate.

Vistióse lentamente y fue a la habitación donde había sido encerrada Sally. Entornó tras sí y la miró sin dureza, codicioso.

—Me ha dicho la criada que ha rechazado usted el desayuno. Eso no debe ser, señorita. Tiene que alimentarse. Se encuentra usted muy débil, posiblemente como consecuencia de las malas noches pasadas junto al lecho de su novio, y si ahora se niega a comer se abrirá a sí misma la tumba.

—Eso es lo que deseo —murmuró la joven, denotando más ira que temor.

—¡Bah!… No diga sandeces. La vida es bella, tan bella que a ninguna edad queremos decirle adiós. Nadie desea morir: ni los tísicos, ni los leprosos.

—Yo prefiero la muerte a tenerle a usted en mi presencia.

Dobláronse los labios del jefe de espías, en mueca desagradable e hizo más untuoso su acento.

—No voy a mostrarme ofendido. Me hago cargo de su estado de ánimo y espero que poco a poco se dé cuenta de que la quiero bien… ¡muy bien!

Aproximóse a la muchacha, la cual, retrocedió hasta la pared.

—¿Por qué huye de mí, criatura? No le he causado ningún daño. Posiblemente mis muchachos se mostraron duros al conducirla, pero desde que llegó se le han prodigado las atenciones. Y es porque su belleza extraordinaria me ha producido enorme

impresión. No voy a decirle que la amo; dejé hace tiempo de ser un mozalbete enamoradizo; pero sí que me gusta. La encuentro tan linda que hasta en el caso de que su prometido se niegue a la prueba de amor que se le va a exigir, renunciaré a… lo que ideé en principio.

Sally crispó los puños.

—¿Qué prueba de amor es ésa? ¿Qué pretende de Curt?

—¡Oh!… nada de particular; su amable ayuda en favor de unos pobres presos. Pero no conceda usted importancia a esos pequeños detalles. Hablaremos de nosotros…

Intentó acariciar los cabellos de la joven y ésta le correspondió con un zarpazo.

—¡No me toque!

—¡Vaya genio! ¿Por qué me trata así? Iba a ser la mía una simple caricia… *paternal. Procure ser sensata. Está a mi merced, como sabe, y si me irrita cambiaré estas delicadezas por un trato duro… muy duro. Usted no puede figurarse a qué extremos llego cuando se me agota la paciencia.*

Su tono se hizo frío, cortante como la hoja de un afilado puñal. Sally, aun poseyendo gran entereza de ánimo, se estremeció.

—No tema —continuó diciendo el médico—. Aún falta mucho para que me irrite de verdad.

—¡Me da lo mismo que se enfurezca o no! ¡Váyase de aquí!

—Está bien. No me gusta ver a las mujeres convertidas en fierecillas. Voy a dejarla sola… y a complacerla. Ya que no quiere tomar nada, nada se le servirá: ni alimentos… ni agua… La muerte por hambre y sed no resulta dulce. Si abandona usted su propósito de suicidarse así, llame; pero tenga en cuenta que su llamada equivaldrá a la decisión de mostrarse amable conmigo…; muy amable…; todo lo amable que yo desee.

—¡Monstruo!

—¡Qué calificativo!… Se arrepentirá de haberlo lanzado.

Dirigióse a la puerta a tiempo que ésta se abría violentamente dando paso a la vieja criada, cuyo semblante expresaba el mayor de los miedos.

—¡Señor!… ¡Señor!…

Apenas si podía hablar.

—¿Qué pasa?

—¡La policía!… ¡Han entrado sin llamar!… ¡Vienen!…

Transformóse el rostro de Shanon, pareciendo, en efecto un verdadero monstruo. Por el contrario, la cara de Sally resplandeció.

—¿Qué hacer? —imploró más que preguntar la repugnante vieja.

Allan cerró con llave y empuñó una pistola.

—¡No se alegre demasiado pronto! —dijo a la joven—. Si yo caigo… usted no lo va a pasar muy bien.

La amenaza sonó a cosa sorda, horrible.

Aporrearon la puerta.

—¡Ya están ahí! —gimió la criada—. ¡No podemos llegar al aparato de arriba!

—¡Cállate! —bramó el médico. Y añadió dirigiéndose a los de afuera—: Tengo conmigo a Sally McLanghin y la mataré si no me permiten salir libremente. ¡Su vida responde de la mía!

La muchacha tuvo un rasgo de enorme valor.

—¡No importa lo que me pase! —dijo a gritos—. ¡Derriben la puerta!

—¡Insensata! —Fue el comentario de Allan, mientras la zarandeaba brutalmente.

—¡Déjemela a mí! —solicitó la arpía mostrando las uñas.

Shanon rechazó tal ayuda y tornó a hablar a los enemigos, los cuales habían cesado en sus intentos.

—¡Óiganme! Voy a salir llevando a la muchacha delante del cañón de mi pistola. Retrocedan ustedes y nos salvaremos todos. Si no obedecen, ella caerá antes que yo.

Empuñó el arma a la par que ordenaba a la sirvienta:

—¡Abre!

—¿Qué va usted a hacer? ¡No tratará de abandonarme! ¿Verdad?

—¿Crees que puedo tener confianza ni aun en mi propia salvación?

—¡Pero!…

—¡Obedece!

Como sugestionada hizo la vieja lo que se le exigía.

Shanon, colocándose tras Sally, la sujetó por el hombro con su garra izquierda mientras el cañón de la automática la empujaba fuertemente.

Salieron así al pasillo donde Batterby, Fagan y los policías, amartilladas las ramas, permanecían inmóviles, desencajados, temiendo que el diabólico doctor cumpliera su amenaza.

—¡Curt! —exclamó la joven, intentando correr hacia él sin conseguirlo, pues la presión de la mano sobre su hombro se hizo más dura, como si fuera de hierro.

—Observo que son ustedes prudentes —barbotó Allan, sarcástico —. Les felicito. Yo siempre guardo en mi poder la última carta. Apártense, apártense…

—La casa está cercada, doctor Shanon. No podrá usted escapar. Si mata a esa mujer empeorará su suerte hasta lo inconcebible. Entréguese y acaso obtenga clemencia.

Una carcajada hueca fue el principio de la contestación.

—¡Que me entregue!, ¿eh?… ¡Clemencia de ustedes!…

Tornó a reír de manera que imponía.

—Sigan, sigan retrocediendo. Repito que siempre guardo la última carta. Esta linda jovencita y yo vamos a emprender un agradable viaje por las alturas…

La voz desesperada de la vieja gritó casi:

—¡Lléveme!… ¡Lléveme!… ¡El autogiro podrá conmigo también!

Comprendieron lo que el jefe de espías había querido decir. A buen seguro que guardaba en la amplia azotea del edificio un aparato volador que le permitiese escapar.

Los agentes de la Autoridad continuaban retrocediendo de espaldas mientras avanzaba Sally y Allan. Llegaron éstos al pie de una escalera y comenzaron a subirla, yendo el médico detrás de ella y sin perder la cara a sus enemigos.

Sally adoptó de pronto una resolución suicida: dio un cabezazo a Shanon y se dejó caer sentada.

En décimas de segundo «ladraron» las pistolas de Batterby y sus amigos. Acertaron todos. Allan Shanon rodó, muerto antes de caer, acribillado totalmente. En la caída arrastró a la valerosa joven manchándola con su sangre.

—¡Sally! —exclamó Batterby, corriendo hacia ella, como loco.

—¡Curt!

Se abrazaron frenéticos y se besaron desesperadamente.

Un grito que hería los oídos se elevó en el espacio. Lo lanzó la vieja criada, enamorada desde siempre de Allan.

Costó gran trabajo separarla del cadáver.

—Ya sabes lo que tu hermano era; ya sabes lo que soy yo; ninguno de los dos queríamos que te enteraras, pero la fatalidad ha decidido otra cosa. Y… lo peor de todo es que pienso continuar en el F. B. I., hasta que me retire una bala o me jubilen por ser un carcamal. Y ahora dime: ¿quieres ser la esposa de un hombre dispuesto a jugarse siempre la vida a cara o cruz?

—Sí. Quiero.

—¡Bendita sea tu boca!

Sonó el timbre del teléfono. Curt, malhumorado por la interrupción, tomó el aparato.

Era Pete quién llamaba:

—¿Eres tú, rinoceronte?

—Hola, camello.

—Te llamo para comunicarte que el juez prevaricador ha sido procesado, que Spangler Maison y otros amiguitos suyos de los peores irán a la silla eléctrica, que…

—¡Déjame en paz!

—¡Oye!… ¿Pero es que no te interesa saber…?

—¿Cómo quieres que me interese eso… si tengo «esto» aquí? ¡Escucha!

Atrajo a Sally y la besó fuertemente, muy cerca del auricular.

Oyeron un bufido de Pete quien estuvo a punto de romper el receptor al colgarlo.

FIN

TODO EMPEZO POR UN LIBRO QUEMADO...

...a los pies de un asesino...

UN LIBRO QUE YA TENIA UNA TRAGICA HISTORIA...

...puesto que dos hombres habían muerto junto a él.

Pero la racha fatídica siguió...

y para resolver aquel misterioso caso, el agente Stanley Jackson tuvo que acudir a una

Cita con la muerte

título que el famoso autor

MARK HALLORAN

ha escogido para su última novela, que será publicada en el próximo número de la gran colección

SERVICIO SECRETO

¡Recuerde este título!

Cita con la muerte

y proporciónese con su lectura unas horas inolvidables!